

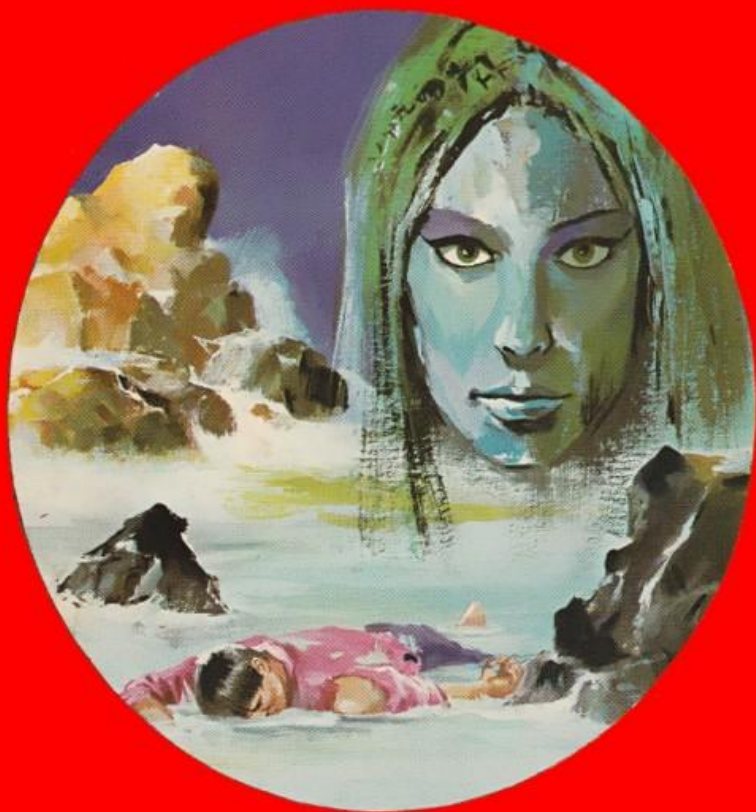
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

Las hijas de Neptuno

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

LAS HIJAS DE NEPTUNO

Colección PUNTO ROJO n.º 489

Publicación semanal

Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

Depósito Legal B 27.960-1971
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: setiembre, 1971

© KEITH LUGER - 1971
sobre la parte literaria

© JOSÉ TRIAY - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.236. — Mi tía y el jugador.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.098. — Su muerto no la olvida.

En Colección BÚFALO:

931. — Un pistolero muy fino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729. — La venganza es mi oficio.

En Colección KANSAS:

667. — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:

514. — Plomo para un entrometido.

En Colección PUNTO ROJO:

479. — Una asesina en mi casa.

En Colección CALIFORNIA:

752. — La historia de Buby el Llorón.

En Colección ASES DEL OESTE:

575. — Cita con el diablo.

En Colección COLORADO:

610. — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

88. — El paso del diablo.

En Colección BISONTE, SERIE AZUL:

33. — Los violentos del río Pecos.

CAPÍTULO PRIMERO

Jerry Connors tenía dieciséis años. Trabajaba en San Simeón en un almacén general, pero él vivía a seis millas del pueblo con su madre y otros seis hermanos.

Todos los días tenía que ir a San Simeón en bicicleta y regresaba a la noche.

Eran las seis y media de la mañana cuando pedaleaba por la carretera que corría paralelamente a la playa.

Le gustaba el mar y, como apenas circulaban automóviles por aquel lugar, tenía oportunidad para mirar el océano.

De pronto algo llamó su atención, algo que vio en la orilla.

Se detuvo, dejó la bicicleta a un lado de la carretera y echó a correr por la arena.

Conforme se acercaba, fue disminuyendo el ritmo de su carrera. Se detuvo a unos cinco metros de aquella cosa porque supo lo que era. Un cadáver. El cadáver de un ahogado.

No había muchos turistas por allí y menos por aquella época.

Había visto otro ahogado con anterioridad cuando él tenía doce años, un amigo suyo, un niño de nueve años.

Pero el ahogado de ahora no era ningún niño, sino un joven como él, o quizá un poco mayor. Era rubio y debía haber sido fuerte porque era ancho de hombros y de piernas largas.

Se acercó un poco más por si le conocía. Pero estaba de lado, con la cara hacia el mar.

Continuó avanzando hacia el cadáver y reunió valor para ir por la otra parte para verle la cara.

Lo identificó. Era Martin Stack, un muchacho de San Simeón, de unos diecinueve años. Estudiaba en Los Ángeles, pero unas semanas antes había regresado porque su padre se encontraba enfermo. Y lo extraño de todo aquello era que Martin Stack estaba en bañador y él, Jerry, sabía que Martin nadaba bien. Otra cosa llamó su atención. En el cabello rubio de Martin había enredadas muchas algas, algas verdosas y largas.

No esperó más. Regresó a la carretera, montó en la bicicleta y pedaleó con todas sus fuerzas hacia San Simeón.

El comisario de San Simeón era Harry Stuart, un hombre de cincuenta años, antipático, pero más desagradable resultaba su ayudante, el jactancioso Alan Perkins.

Cuando entró en la comisaría, Alan Perkins le dijo:

—¿Por qué has dejado la bicicleta junto al automóvil de la policía, Jerry? Te debería multar.

—Señor Perkins, le traigo una noticia urgente y no tuve tiempo para dejar la bicicleta en el solar de enfrente.

—Habla.

—Un muerto.

—¿Qué?

—Encontré a un ahogado. Él es Martin Stack.

—¿Dónde lo encontraste?

—A dos millas del pueblo cuando venía de mi casa. Está en la orilla.

—¿Estás seguro de que es Martin Stack?

—Sí, señor. Estoy seguro. Lo he visto varias veces.

—Martin Stack sabía nadar.

—Bueno, señor Perkins ya sabe que la mayoría de los que se ahogan saben nadar.

—¿Tratas de darme lecciones?

—No, solo hacía una sugerencia.

—Pues guárdalas para ti hasta que te las pida.

—Sí, señor.

El ayudante se quedó un momento indeciso.

—Lo voy a comprobar enseguida.

Descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿Señor Stack? Aquí el ayudante del comisario... ¿Está Martin en casa...? ¿No...? ¿A qué hora salió...? ¿Qué no ha pasado la noche en casa?

Alan Perkins escuchó lo que le decían desde la otra parte mientras miraba a Terry Connors.

—¿Con quién era esa cita señor Stack...? ¿No sabe con qué muchacha se iba a ver ayer a las siete...? Bueno, ya lo averiguaremos... Tengo motivos para haberle llamado, señor Stack. Aquí está Jerry Connors, el muchacho que trabaja en el almacén de Osson. Lo siento, señor Stack pero él dice que ha encontrado a Martin a dos millas de aquí... Se ha... se ha ahogado.

Hizo otra pausa.

—Señor Stack, voy a llamar al jefe. Iremos para allá ahora mismo. Sería mejor que no nos acompañase. ¿Qué quiere venir...? Bueno, es asunto suyo... Lo esperamos en la comisaría.

Colgó y marcó otro número.

—¿Jefe? Malas noticias. Hay un ahogado en la playa a dos millas del pueblo... Martin Stack...

El primero en llegar fue el jefe, Harry Stuart un hombre gordo de cabello y bigote canosos. Su ayudante Perkins le explicó el asunto y el jefe se enfrentó con Jerry:

—Muchacho, si has armado este jaleo por nada, haré que te

arrepientas.

—Comisario, solo he querido cumplir con mi deber.

Guardaron silencio al ver entrar al padre de Martin Stack. Era un antiguo empleado de Correos, jubilado, un hombre pequeño y delgado. Se quedó dando vueltas al sombrero y preguntó a Jerry:

—¿Estás seguro de que es Martin?

—Creo que sí, señor Stack. Lo siento.

El comisario rezongó:

—¿Has llamado al doctor Robins, Alan?

—No.

—¿Por qué no lo has hecho?

—Lo haré enseguida.

—Ya tenía que estar aquí. ¿No sabes que cuando hay un ahogado tiene que venir el forense?

—Pero todavía no sabemos si la historia es una invención de Jerry.

El jefe le dirigió una furiosa mirada.

Alan descolgó una vez más el teléfono y llamó al doctor Robins. Cuando este llegó, todos subieron al coche de la policía y emprendieron la marcha.

Llegados al punto señalado por Jerry, el automóvil se detuvo, y los cinco hombres se dirigieron hacia la playa.

Allí estaba el cadáver.

—¡Martin, hijo! —gimió el padre.

El comisario Stuart sudaba mucho y se enjugó la frente.

El doctor Robins examinó el cuerpo de Martin Stack y después dijo:

—Creo que ha estado más de ocho horas en el mar después de muerto. De todas formas, tengo que hacer las comprobaciones en el laboratorio.

El padre de Martin Stack había hincado las rodillas en la arena, y sollozaba cubriéndose la cara con las manos.

Habían traído una camilla y pusieron a Martin en ella.

El jefe habló en voz baja con su ayudante y luego se dirigió al padre de Martin Stack:

—Mi ayudante me dice que su hijo tenía ayer una cita con una muchacha.

—Sí.

—¿Y no sabe quién es ella?

—No.

—Su hijo solo estaba aquí desde hace dos semanas. ¿Con cuántas muchachas salió?

—No lo sé. Nunca me decía nada sobre las muchachas con las que alternaba. Yo lo vi hace dos días con Judy Taylor.

El comisario entró en el bar Estrella.

Judy Taylor trabajaba allí. Era la sobrina del dueño, una chica de unos diecisiete años, pero que estaba muy desarrollada.

—¿Qué va a tomar, comisario?

—Un vaso de agua.

Judy Taylor poseía un rostro bello, con ojos azules, grandes.

—¿A qué hora te separaste ayer tarde de Martin Stack?

—¿Cómo sabe que estuve con Martin?

—Yo hago las preguntas, Judy.

—Vino a las seis. Es la hora en que yo termino.

—Continúa.

—¿Quiere los detalles?

—Todos los detalles.

—¿Y por qué, comisario?

—¿Otra vez, Judy?

—Oh, sí, usted es el que hace las preguntas. Pero me gustaría saber qué ha pasado.

—Luego, Judy. Pero, ¿a dónde fuiste con Martin después de las seis?

—Fuimos al muelle. Paseamos por allí, vimos algunas barcas de pesca que entraban en el puerto.

—¿Encontrasteis a algún conocido?

—Sí, al señor Corey. Estaba sentado en su silla, en el borde, del muelle, pescando.

Robert Corey era el maestro, un gran aficionado a la pesca.

—De acuerdo —asintió el comisario—, pasasteis por el muelle. ¿Qué más?

—Martin me dijo que tenía que marcharse.

—¿A dónde?

—Dijo que debía volver a su casa, pero yo no lo creí.

—¿Por qué no lo creíste?

—Oiga, comisario, las mujeres tenemos intuición con respecto a los hombres, quiero decir cuando entra en juego otra mujer.

—Sé algo de eso.

—Fue lo que me pasó con Martin. Dijo que se iba a su casa, pero a mí no me la pegó. Y se lo dije.

—¿Qué le dijiste?

—Que se iba en busca de otra chica.

—¿Lo negó él?

—No, no lo negó.

—¿Y qué chica era esa?

—Le pregunté por mi rival y Martin dijo, riendo, que tenía una cita con una sirena.

—¿Con una sirena?

—Esas fueron sus palabras, comisario.

—¿Por qué la llamó sirena?

—Es lo que quise saber yo y entonces él dijo: «La primera vez que la vi salía del mar».

—¿Y cómo se llamaba esa chica que salía del mar?

—No lo sé. Le pregunté por su nombre a Martin y él me contestó absurdamente.

—¿Qué cosa absurda te dijo?

—Que ignoraba el nombre de su sirena. Luego ya no pasó nada más, porque me enfadé y le dije que se fuese con su sirena al fondo del mar.

—Con que eso le dijiste.

—Sí.

—Pues siguió tu consejo.

—¿Qué quiere decir, comisario?

Harry Stuart bebió un trago de agua y, después de dejar el vaso en el mostrador, dijo:

—Martin Stack ha aparecido ahogado.

—¡Oh, no!

El comisario Stuart salió del bar. Se detuvo en la acera y se enjugó el sudor de las palmas de las manos.

¿Quién había sido la joven con la que Martin Stack se vio después de dejar a Judy Taylor? ¿Quién era aquella sirena?

CAPÍTULO II

Un vagabundo llamado Matt Curtis había estado durmiendo varias noches en los alrededores de Lucía. De día iba al pueblo y se ofrecía a los dueños de las casas para quitar la yerba del jardín. Le daban la comida, un dólar y admitía cualquier objeto viejo que le pudiesen regalar. A veces el objeto no servía para nada, y Matt lo tiraba al vertedero más cercano, y otras lo vendía.

Aquella mañana, cuando despertó, solo tenía cincuenta centavos en el bolsillo.

Había estado recorriendo durante los últimos meses la zona entre Monterrey y el cabo de San Martín y pensó que ya era hora de seguir el camino hacia Santa Bárbara. Llegaba el tiempo bueno para los turistas. Estaría un día más en Lucía y se largaría en algún camión, como hacía casi siempre.

Dormía en una cabaña abandonada, cuyo techo tenía grandes agujeros. Por fortuna, no había llovido, aunque durante algunos días habían aparecido nubes que luego se alejaron hacia el océano Pacífico.

Canturreando, se dirigió hacia la playa para lavarse la cara y peinarse. Tenía que esmerar su presentación, al menos en eso.

De pronto descubrió un cuerpo junto a la orilla. Sí, un cuerpo humano. ¿No le convendría largarse? Llevaba quince años viviendo como vagabundo, y ya había tenido algunos líos con la policía. Era incapaz de robar, pero había sido acusado seis veces de robo. Cinco veces lo habían dejado en libertad, pero, en una ocasión, lo condenaron siendo inocente, y tuvo que pasar dos meses en la cárcel.

Pero aquel hombre podría necesitar su ayuda.

Se decidió a ir a su lado.

¡Dios mío, estaba muerto y era un joven de unos diecinueve años! Y tenía que haber sido muy fuerte cuando vivió porque poseía unas piernas largas y recia constitución.

Su cabello era negro y en él tenía ahora prendidas algunas algas. Vio unas ropas cerca. Tenían que ser del ahogado porque este se cubría tan solo con un bañador. Pensó en registrarlas, para saber quién era, pero luego decidió que era mejor dejarlo así.

Su primera intención fue alejarse de aquel lugar, y no precisamente en dirección a Lucía, sino en la del sur. ¿Pero no sería peor? Aquel joven había aparecido ahogado a tan solo media milla de la cabaña donde él pasaba las noches. Y no menos de seis personas de Lucía sabían que él

dormía en aquella cabaña.

No, no podía huir.

Se dirigió a Lucía.

El capitán de la policía del pueblo le parecía un hombre amable. Un día había tropezado con él, al salir de un bar, y el capitán, que no sabía siquiera su nombre, se había excusado. Eso no era frecuente que lo hiciese un capitán de policía.

Entró en la comisaría.

Un agente que fumaba un apestoso cigarro lo miró con desprecio.

—¿Qué quieres?

—¿Está el capitán?

—Sí, pero está ocupado. ¿Qué quieres?

—Mi nombre es Matt Curtis.

—Te he visto ir de un lado a otro. Justamente me disponía a decirte que te fueses del pueblo. Ya me ahorraste el tener que buscarte. No nos gustan los vagabundos.

—No hago nada malo.

—No, los vagabundos no hacéis nada malo, hasta que se os ocurre un mal pensamiento. Y da la casualidad de que los malos pensamientos aparecen muy aprisa.

Matt Curtis ya estaba arrepentido de haber ido allí.

—Oiga, agente.

—Sargento Nelson.

—Sargento Nelson, hay un ahogado.

—¿Eh?

—Un joven. Lo encontré en la playa, cerca de la cabaña donde yo duermo. No lo toqué. Palabra que no lo toqué.

El sargento Nelson se levantó y Curtis se dijo que era casi tan alto como el ahogado.

—Matt, será mejor que digas la verdad.

—Estoy diciendo la verdad, sargento Nelson.

—¿Lo mataste tú?

—No.

—Eso tendrás que probarlo.

—¿Cree que si lo hubiese matado habría venido aquí?

—Muchos asesinos lo hacen. Según ellos, es su mejor coartada.

—Oiga, me he pasado la noche durmiendo en la cabaña que hay a tres millas del pueblo. Y solo a media milla de mi cabaña está la playa. Fui al mar para asearme un poco, y de pronto lo vi.

—¿Quién es?

—No lo sé. No creo haberle visto nunca. Ya le he dicho que es un joven de unos dieciocho o diecinueve años.

—¿Está vestido?

—No, en bañador, pero hay cerca unos pantalones y una camisa.

—Espera.

—Sí, sargento.

Nelson abrió la puerta en la que se leía: Capitán Roger Parrish.

Matt Curtis esperó nervioso. Lo habían condenado una vez por robo siendo inocente. ¿Y si lo condenaban ahora por homicidio? Todo cabía esperar de los seres humanos, unos animales supuestamente racionales.

El sargento Nelson salió con el capitán Roger Parrish. Curtis vio el rostro del capitán y ya no le pareció una persona tan correcta como el día que tropezó con él. Ahora era un rostro abotargado.

Cuando el capitán se acercó a él, juró para sus adentros que olía a whisky.

—Te crees muy listo, ¿eh?

—¿Yo? No, capitán.

—¿Te llamas Matt Curtis?

—Sí, señor, Matt Curtis, para servirle.

—Me puedes servir mucho.

—Usted dirá, jefe.

—Confiesa.

—¿El qué?

—Has matado a ese muchacho. Tú lo ahogaste.

—Oh, no, capitán.

—Tu intención era dejarle sin conocimiento para robarle.

—No, capitán Parrish, yo no hago eso.

El sargento Nelson intervino:

—Déjelo de mi cuenta, capitán.

—No, Nelson, estamos hablando demasiado. Todavía no tenemos a la víctima. Vamos por ella, si es que la hay. Tú vienes con nosotros, Matt.

—Desde luego, capitán.

Viajaron en el coche de la policía que conducía el sargento Nelson.

El capitán ocupaba el asiento trasero y había ordenado a Matt que se sentase junto a él.

Mientras viajaban, con aire paternal, el capitán dijo:

—Oye, Matt, yo soy un hombre comprensivo. A veces hacemos daño sin querer... No tenemos la intención de realizar un mal, pero uno se equivoca y el mal ya está hecho. ¿Conforme?

—Sí, capitán. Tiene razón.

—¿Confesarás?

—No puedo, capitán. No puedo confesar que maté a ese hombre, si es a lo que se refiere. Le juro que lo vi por primera vez cuando me acerqué a la playa desde mi cabaña.

El sargento detuvo el coche a un lado de la carretera y saltaron del vehículo.

—Está ahí —dijo el sargento.
Los tres se pusieron en marcha.
El capitán resoplaba mientras hundía los pies en la arena.
Al fin llegaron junto al cadáver. El sargento lo puso boca arriba.
—¡Dios mío, capitán! Es Pat Dreyer, el que trabaja para Spencer Drake, el agente de Bienes Raíces.
—Ya lo he conocido. Examínale, Nelson. Matt lo debe haber golpeado.
—¡No, capitán! —gritó el vagabundo—. ¡Yo no lo golpeé!
—Cierra la boca —rezongó el capitán.
El sargento examinó la cabeza del cadáver atentamente.
—Capitán, no tiene ningún golpe.
—¿Estás seguro?
—No noto ninguna herida, aunque el doctor Watson lo determinará mejor que yo.
El capitán Parrish encendió un cigarrillo y tuvo que proteger la llama del encendedor con el cuenco de la mano porque hacía mucho aire.
Expulsó una bocanada de humo y miró al vagabundo.
—La cabaña donde pasas las noches ¿está cerca de aquí?
—Sí, ya se lo dije, capitán.
—En cambio, el pueblo está más lejos. ¿Te das cuenta, Matt? Tú has tenido las mayores probabilidades.
El sargento se levantó, tras registrar las ropas.
—Capitán, tiene su cartera.
Parrish se volvió hacia Nelson, que estaba abriendo la cartera.
—Y conserva su dinero, capitán. Aquí hay veinticinco dólares.
Matt dio un suspiro de alivio. El que se hubiese encontrado la cartera lo dejaba casi libre de sospechas.
—Está bien —asintió Parrish de mala gana—. Vámonos al pueblo con el cadáver.

* * *

Spencer Drake, el agente de Bienes Raíces, dijo:
—Pat era un buen muchacho... Solo tenía un pequeño defecto. Le gustaban demasiado las mujeres.
—¿Alguna en especial?
—Había salido con una docena, y siempre se estaba refiriendo a ellas.
—¿Con quién salía últimamente?
—Le oí nombrar a una que no conozco. Se llama Sirena.
—¿Sirena?
—Eso fue lo que dijo ayer Pat.
—¿Qué fue lo que dijo exactamente?
—Que estaba citado con Sirena.

—¿Sirena qué más?

—Solo dijo Sirena.

—¿Qué chica hay en el pueblo que se llame Sirena?

—Yo no conozco ninguna. ¿Y usted, capitán?

—No, tampoco.

—¿Ha hablado con la madre de Pat?

—Sí, pero ella apenas dialogaba con su hijo. Siempre estaban peleando.

A ella no le gustaba que Pat anduviese con mujeres. No lo vio ayer. Pat se despertaba antes que ella para venir a la oficina.

—Pat tendría algún amigo con el que hablase de sus conquistas amorosas.

—Yo no era ese amigo.

—No me refería a usted, señor Drake.

—Bueno, Pat hablaba con un tal Joe Morris, el que trabaja en el hotel Mariola.

—Gracias, señor Drake.

—¿Qué le ha dicho el forense?

—El muchacho murió ahogado. Estuvo más de nueve horas dentro del mar. Pero en su cuerpo no hay señales de que haya sido golpeado.

—Pat sabía nadar. Lo vi un par de veces en la piscina y era casi un campeón.

—Ya tengo en cuenta eso.

El capitán Parrish se marchó y fue al hotel Mariola.

La noticia de la muerte de Pat Dreyer había corrido por la ciudad.

—Sé por lo que viene, capitán —dijo Joe Morris, un muchacho de veinte años, pecoso—. Lo he sentido mucho. Pat era un buen amigo mío.

—¿Cuándo lo viste por última vez, Joe?

—Ayer mismo.

—¿Dónde?

—Almorzamos juntos en el bar de Sally.

—¿Y de qué hablasteis?

—De lo de siempre.

—¿Mujeres?

—Sí. Hablamos de unas y de otras. De la propia Sally, la mujer del dueño. Es coqueta y nos gasta bromas.

—¿Y de quién más?

—De Betty, la hija del juez Samford. Es una chica a la que le gusta mucho bailar, y algunas veces salíamos con ella y con su amiga Romy. Betty prefería a Pat porque bailaba mejor que yo. Y yo le dije a Pat bromeando que en el próximo baile se la quitaría.

El capitán dio una chupada al cigarrillo.

—¿De qué otras mujeres hablasteis?

—De la viuda Carroll. Ya sabe, tiene mala fama. Dicen que ella prefiere

a los chicos como nosotros. Pero Pat y yo no tuvimos suerte con ella.

—¿Y después de la viuda Carroll?

—Pat se refirió a una chica.

—¿Qué chica? —preguntó Parrish con interés.

—Sirena.

—¿Quién es Sirena?

—Yo no la conozco.

—¿Qué te dijo Pat de Sirena?

—La había conocido en la playa.

—¿Cuándo?

—Hace tres días. La describió como una mujer sensacional, rubia, de piel bronceada. Todo en ella era perfecto, según Pat. Pero yo no lo creí.

—¿Qué es lo que no creíste?

—Que existiera Sirena.

—Así que era una invención de Pat.

—Estoy seguro.

—Pero Pat le dijo a su jefe, el señor Drake, que ayer tenía una cita con Sirena.

—¿Ah, sí?

—¿No sabías nada de eso?

—Yo le pregunté a Pat si salíamos juntos después del trabajo, y me dijo que no tenía ganas y que se iría a su casa. No, no me habló de su cita con Sirena. ¿De verdad cree que existe, capitán?

—No lo sé, Joe. No lo sé.

El capitán salió otra vez a la calle.

Se encontró con el sargento Nelson.

—¿Ha adelantado algo, capitán?

—Nada. ¿Conoces a alguna chica en el pueblo que se llame Sirena?

—¿Sirena? No, capitán. No conozco a nadie con ese nombre. ¿Qué pasa con ella?

—Supuestamente, Pat Dreyer tenía ayer una cita con una joven de ese nombre. La había conocido en la playa hace tres días. Y era una mujer de una gran belleza. Pero yo creo que todo fue un cuento de Pat Dreyer.

—Seguro, capitán. Pat alardeaba de sus conquistas amorosas. Contaba muchas historias que no eran ciertas.

—Sí, estos muchachos de hoy tienen mucha imaginación.

—¿Qué hacemos con el vagabundo?

—Suéltalo.

—¿No lo acusamos?

—¿De qué lo vamos a acusar? El cuerpo de Pat Dreyer no ofrece señales de lucha. No recibió ningún golpe. Su cartera está intacta. Hasta conservaba veinticinco dólares. ¿De qué infiernos quieres que acusemos a Matt Curtis?

—Está bien, lo soltaré.

—Pat Dreyer murió casualmente. Debió ir a tomar un baño, y tuvo un desmayo. Y se acabó la historia de Pat Dreyer y sus conquistas amorosas.

CAPÍTULO III

—Alex, cariño, ¿cuándo me vas a invitar a cenar en tu apartamento?

—Yo te lo diré, querida Eva. Cuando escupas los dientes de leche.

—Maldito, tengo veintidós años.

—Pues no se te notan.

—¿Es que no tienes ojos en la cara?

—Tengo ojos, querida Eva. Pero no quiero que me acusen de corromper a menores. Y tú eres una niñita para mí. Recuerda que te conozco desde que tenías quince años.

—Cuéntame el de la Cenicienta, abuelito Alex.

Alex Ferguson, de veintiocho años, alto, fornido, cabello negro, ojos azules y un hoyo en el mentón, sonrió a Eva Harris, la secretaria del Viejo.

Ambos trabajaban en el *Star*, un periódico de Los Ángeles. Alex era un periodista, y llevaba en el *Star* nueve años. Prácticamente, había hecho toda su carrera con el Viejo, al que algunas veces llamaban Lemont, para variar.

De pronto se oyó una voz por el interfono:

—Oigan, jovencitos, ¿ya han dejado de decirse lindezas?

—No fui yo, jefe —contestó Eva por el micro—. Fue este donjuán de vía estrecha que tiene usted en su redacción para mortificar a sus empleadas.

—Alex —gruñó el Viejo—, ¿quieres pasar de una vez y dejar a mi secretaria quieta?

—No la toqué.

—¿Ahora las besas sin manos?

—Viejo, se va a ir al infierno por tener esos pensamientos tan sublimes.

—Calla y entra.

—Sí, señor. Como usted mande, señor —miró a la joven—. Hasta luego, señorita.

—Que te quemen ahí dentro.

—Por favor, si ves salir humo, entra corriendo con el extintor de incendios.

—Desde luego, entraré. ¡Cuando te hayas convertido en un negro tizón!

—Eva, tus sentimientos hacia mí me conmueven.

La voz del Viejo chilló por el interfono:

—¡Dije que acabase el combate! ¿O era a catorce asaltos?

Alex abrió la puerta y entró en el despacho de su jefe.

El Viejo estaba sentado tras la mesa, fumando en pipa, como casi

siempre.

—Jefe, iba a salir para Nueva York.

—Ya no te vas a Nueva York.

—¡Tengo que estar allí para informar sobre los Panteras Negras!

—Eso lo hará Ray Marvin.

—¡Usted no me hará una cosa como esa! Yo fui quien interceptó el mensaje entre los Panteras Negras de los Ángeles y los de Chicago. El alto mando de los Panteras Negras se reunirá en Nueva York dentro de este mes. Informe confidencial marca Alex Ferguson, el que mejor se vende.

El Viejo se sujetó la pipa e hizo una mueca.

—Alex, hablas de ti como si fueses un detergente.

—No está mal. Le acepto el apodo. El detergente Alex. ¿Y qué hace un detergente? Limpia. ¿Y yo qué hago? ¡Limpiar el país de porquería!

—Se necesita más de una escoba para eso.

—Por favor, prefiero que me siga llamando detergente. Hasta la vuelta. Recibiré mi próxima llamada desde Nueva York.

—¡He dicho que no te vas a Nueva York!

—¿Qué tiene contra mí?

—Nada, excepto que te romperé los dientes si intentas pegarle un mordisco a la manzana que tengo ahí fuera.

—¿Por qué es tan ingenuo, jefe? Lo que tiene ahí fuera no es una manzana. Es una tigresa. Yo he visto sus uñas. Si Eva me agarra una vez, me descuartiza.

—Te irás a Guadalupe.

—¿Guadalupe, México?

—Guadalupe, California.

Alex miró un mapa del estado de California que había en la pared. Deslizó el dedo por el papel, desde Santa Bárbara hacia arriba, y pronto llegó a Guadalupe, en la bahía de San Luis Obispo.

—¿Aquí, jefe?

—Ahí.

—¿Me quiere dar las vacaciones? ¡Yo no las he pedido!

—No vas a tomarte las vacaciones.

—Oiga, presumo de estar enterado de todo, y no tengo noticias de que haya pasado nada en Guadalupe, California.

—Presumes demasiado.

—¿Qué pasó?

—Se ahogó un joven.

—Entiendo, lo asesinaron.

—No. Encontraron a un chico llamado Richard Kerwin en bañador, junto a la orilla. Diecinueve años, sin ocupación conocida... Dicen que aceptaba dinero de las mujeres. Pasaba el rato en los billares, en las discotecas.

—¿Cuándo lo encontraron?

—Ayer. En su cuerpo no hay ninguna señal de lucha. Se supone que tomó un baño, sufrió un corte de digestión y se murió. Estuvo unas ocho horas en el agua y luego el mar lo arrojó a la playa.

—¿Y eso es lo que me quiere endosar?

—Sí.

—Jefe, ¿qué tiene de misterioso eso? ¡Todos los días se ahoga gente! Admito que ese chico llevaba una vida algo interesante, pero hay muchos como él, que viven de las mujeres y que no pegan golpe. ¿Qué quiere que haga? ¿Una serie de crónicas sobre las sanguijuelas?

—Te falta saber algo importante.

—¿Qué cosa?

—He estado coleccionando noticias.

William Lemont sacó una carpeta.

—Echa un vistazo a esto, Alex.

—¿Qué es?

—No preguntes. Siéntate en un sillón y lee.

—Me va a hacer perder el tiempo.

—¡Tu tiempo lo pago yo!

Alex Ferguson ya no replicó. Ocupó un sillón y se puso a leer los papeles que estaban en la carpeta. De esa forma, se enteró de la muerte de Martin Stack, ocurrida un mes antes en San Simeón, y de la muerte de Pat Dreyer, quince días después, en Lucía.

Cuando hubo terminado se levantó y miró al Viejo en silencio.

Lemont seguía sentado en su sillón, apoyado en el respaldo, pegando chupadas a la pipa.

—Conque el viejo zorro empezó a pensar —dijo Alex.

Lemont sonrió.

—Sí, Alex, pensé en que son demasiadas coincidencias. Muchachos jóvenes, no mayores de veinte años, los tres ahogados. Y en su cuerpo no aparecen señales de lucha. En los tres casos los chicos se relacionaban con mujeres... Y hay otra cosa muy curiosa. Los tres ahogados, al ser arrojados a la playa, tenían algas enredadas en el cabello.

Alex dio unos pasos por la estancia.

—Usted lo ha dicho. Pueden ser simples coincidencias.

—Quiero que lo compruebes.

—¿Qué supone?

—¡No supongo nada!

—No me la pega, Viejo. Piensa que hay un asesino suelto por las playas de más arriba de Santa Bárbara... ¿O es una asesina?

—Admitiendo que fuese un asesino o asesina, mata muy bien, ¿no te parece? En ninguno de los casos se ha probado que fuese homicidio.

—Todos se ahogaron fortuitamente. Desmayos o cortes de digestión. Y

yo sigo prefiriendo los Panteras Negras. ¡Es mi caso, Lemont!

—Era tu caso.

—¿Es definitivo?

—Absolutamente definitivo.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Sí, Alex, tú puedes preguntar. Y yo te voy a responder. Te conozco bien y sé que en tus informes sobre los Panteras Negras pondrías dinamita... Estás contra todas las injusticias, y no me interesa que gastes tu cerebro en problemas de tipo racial... ¡Ya tienen demasiada carga explosiva para que les agregues tu munición!... ¿He hablado bien?

Alex apretó los maxilares.

—Otra pregunta, jefe.

—Adelante.

—¿Qué pasa si voy a Guadalupe y descubro que no hay nada sobre ese ahogado?

—Quédate tres días.

—¿Por qué tres días?

—Te concederé tres días de vacaciones extra. ¡Y no tendrás que descontarlas de las tuyas!

—De acuerdo, jefe. Me llevaré la caña de pescar, pasaré tres días muy aburridos. ¿Qué quiere? ¿Un pez espada? ¿O prefiere un tiburón? Cualquiera de ellos haría bonito en la pared.

—Lo único que no quiero es ponerte a ti ahí arriba, con un cartelito que diga: «También él murió ahogado».

—No estaría mal. Podría decir a todos los que le visitasen: «Mírenlo bien. Ahí tengo al mejor periodista que pasó por el *Star*».

—¡Lárgate, vanidoso!

—A la orden, Viejo.

Alex salió del despacho pegando un portazo.

Eva tecleaba ante la máquina. Llevaba minifalda y lucía sus hermosas y esbeltas piernas bajo la mesa.

Eva levantó los ojos y captó la mirada de él.

—¿Qué estás mirando, donjuán de pacotilla?

—Lo que tú me muestras gratuitamente, cariño.

—La próxima vez me pondré maxi.

—Entonces, contarás con todo mi desprecio.

Alex se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas, león? —gruñó Eva.

—A trabajar, tigresa.

—¿Nueva York?

—Sabes perfectamente adónde voy. ¡Lo has oído por el interfono porque lo dejaste abierto! ¡Y te voy a pedir un favor! Hoy es viernes. ¡No se te ocurra pasar el fin de semana en Guadalupe, California!

—Antes de ir a Guadalupe, California, me tiraría al mar.

—Pues, si lo haces, tampoco elijas aquel lado, no te vaya a pescar con mi anzuelo.

—¡Tu anzuelo no tiene bastante cebo para mí, pescador!

—¿Y qué debo poner en él? ¿Un rubio?

Eva cogió un cenicero.

—¡Sal de aquí o te rompo la crisma!

—Hasta la vista, duquesa.

—Muérete, donjuán.

Alex recordó al ahogado de Guadalupe y a los de San Simeón y Lucía. Tres muchachos de menos de veinte años que habían muerto ahogados. Dio un suspiro de alivio porque él tenía veintiocho años.

—No, no voy a morir, cariño —dijo, y salió de la estancia.

CAPÍTULO IV

Alex Ferguson ya estaba en Guadalupe.

Había una calle principal donde estaban los negocios, como en los demás pueblos. Y también tenían una comisaría, pero Alex pasó de largo.

Según el informe que había leído sobre Richard Kerwin, el muchacho era cliente de los billares Solchaga.

Vio el anuncio de los billares al final de la calle y aparcó el coche.

Dos chicos con cazadoras de cuero, uno de ellos con gafas oscuras, estaban apoyados en una farola y se le quedaron mirando. El de las gafas oscuras tenía algo pegado en el bolsillo de la cazadora. Una calavera.

—Buenos días —los saludó Alex.

Ellos no le respondieron.

Alex se encogió de hombros y entró en los billares.

Un hombre calvo estaba barriendo el local.

Al fondo, dos chicos de edad aproximada a los que había visto en la calle, dieciocho años, estaban jugando una partida de billar.

—¿Busca algo? —preguntó el calvo.

—Soy Alex Ferguson, del *Star* de Los Ángeles.

—Mi nombre es Rock Sutton. ¿Qué quiere, señor Ferguson?

—Información sobre Richard Kerwin.

—Ah, es eso... No hizo nada malo. ¿No conoce la decisión de la policía? Kerwin se ahogó porque sufrió un corte de digestión.

—¿Sabía nadar Richard Kerwin?

—Sí, todos los muchachos de Guadalupe saben nadar. Aprenden desde muy pequeños.

—¿Quién era la chica de Kerwin?

—Tenía muchas.

—Me refiero a la que le pagaba los vicios últimamente.

—Es usted muy crudo.

—Recuerde. Soy periodista.

Alex sacó un billete de a cinco dólares y lo metió en la camisa de Sutton, quien no tardó en responder:

—Ella se llama Peggy Crosby. Es la dueña del hotel La Gaviota. Está cuatro manzanas más arriba.

—Dígame, ¿el día que Kerwin se ahogó estuvo aquí?

—Sí, vino al mediodía, como siempre, y se quedó hasta las dos y media.

—¿Y luego?

—Luego ya no lo volví a ver.

Alex se dispuso a salir del billar, pero la puerta estaba ocupada por dos muchachos, el que exhibía la calavera y su compañero.

El de la calavera, con sus gafas oscuras, era el que ocupaba la mayor parte del hueco.

—Eh, sabelotodo —dijo—, ¿por qué pregunta por Richard?

—Estoy investigando.

—¿Qué es lo que investiga?

—La muerte de Kerwin.

—No hay nada que investigar.

—¿Quién lo dice?

—Yo, Dick Kramer.

—Escúchame, Dick, he venido aquí en busca de información y haré mi trabajo pese a quién pese.

Alex fue a salir, pero Dick Kramer le soltó un puñetazo en el estómago. Su amigo estaba sincronizado con él porque pegó a Alex en el maxilar.

El periodista cayó en el suelo, cerca de Rock Sutton.

—Lo siento, señor Ferguson, pero no es mi pelea —dijo.

Alex se masajeó el mentón y se levantó. Dio una palmada al calvo.

—No se preocupe. Es mi pelea.

Se dirigió hacia los dos muchachos, que seguían ocupando la puerta.

—Pegáis duro, chicos —dijo, y soltó un izquierdazo. Dick Kramer recibió el golpe en el pómulo y se marchó por el hueco hacia la calle.

Su compañero, al ver aquello, corrió por el interior del establecimiento gritando:

—¡No me pegue!

Alex salió, a la calle. El de las gafas oscuras se levantó trabajosamente.

—Ven aquí, Dick.

Dick Kramer no obedeció. Echó a correr y desapareció por una esquina.

Alex se metió en el coche y lo hizo correr hacia el hotel La Gaviota.

Aparcó de nuevo junto al bordillo de la acera y entró en el hotel.

En el registro había una mujer de unos treinta años, rubia, muy opulenta, de rostro que todavía era bello, con grandes ojos negros.

—¿Peggy Crosby?

—Soy yo.

Alex le mostró su credencial.

—¿Sobre qué quiere preguntar, señor Ferguson?

—Sobre Richard Kerwin.

—¿Por qué?

—No me gustó la forma en que murió.

—A mí tampoco.

—Pues ya somos dos, señorita Crosby.

—Se lo he contado a la policía, pero ellos no me han hecho caso.

—¿Qué es lo que les ha contado?

—Lo de esa mujer que traía loco a Richard.

—¿Qué mujer?

—Perla.

—El informe que yo he leído no habla de Perla.

—Claro, porque la policía no me escuchó.

—Hábleme de esa chica.

—Ocurrió hace una semana. Richard me dijo que, mientras paseaba por la playa, había conocido a una chica maravillosa, de cabello rubio, ojos verdes, piel bronceada, bellísima. Yo pensé que Richard me decía aquello para darme celos. Bueno, le falta saber algo, señor Ferguson. Había alguna diferencia de edad entre Richard y yo, pero le quería. Yo no era una de esas que solo iban con Richard para presumir. Yo quería a Richard de verdad. Hay quién cree que una mujer de veintiocho años no se puede enamorar de un joven de diecinueve. Pero a mí me pasó...

Alex sacó un paquete de cigarrillos y ofreció a Peggy. Ella aceptó y los dos encendieron.

Peggy, después de expulsar el humo por los agujeros de la nariz, dijo:

—Dejó de hablarme de Perla, pero hace tres días no vino por aquí. Yo fui a los billares Solchaga.

—Los he visitado.

—Richard estaba allí con unos amigos. Le sugerí que me llevase al cine, pero él dijo que tenía una cita con Perla, y agregó que lo nuestro había terminado. Salí del local y un amigo de Richard vino detrás. Se llama Dick Kramer.

—Lo acabo de conocer.

—Dick se puso a hablar conmigo y me di cuenta enseguida de que quería ocupar el puesto que Richard dejaba vacante. Era un estúpido. No sabía que yo quería a Richard y a nadie más. Pero decidí sacarle información y le pregunté por Perla. Él me dijo que solo la había visto de lejos con Richard, la noche anterior. Los vio paseando por la playa. Él se había acercado sin que lo supiese Richard, porque también estaba interesado por aquella muchacha desde que se la describió Richard.

—¿La vio?

—Sí, y dijo que era efectivamente una muchacha fuera de serie.

—¿Era de noche y la vio?

—Había luna llena y se acercó cuanto pudo, arrastrándose por la arena. Oyó algo de lo que hablaban Richard y la rubia, aunque solo captó unas cuantas frases.

—Repítame esas frases.

—Perla le decía a Richard: «Vivo en un mundo maravilloso. Cuando te decidas a venir conmigo, te convencerás de que no te miento».

—¿Qué más?

—Richard le contestó: «Iré contigo cuando quieras». Eso fue todo. Dick

temió ser sorprendido por Richard y se alejó de allí.

—Eso ocurrió la víspera de la muerte de Richard.

—Sí.

—Bien, quiero hablar con esa Perla.

—No está.

—¿Cómo?

—Nadie la ha visto, excepto Richard Kerwin y Dick Kramer.

—Pero este pueblo no es muy grande. Perla tiene que estar en alguna parte.

—Escuche, periodista. En este pueblo hay una chica que se llama Perla y está coja. La otra, la que conoció Richard, nunca fue vista aquí. La vio Dick Kramer, pero nadie más.

—Curioso, muy curioso.

Alex se despidió de Peggy Crosby. En un principio pensaba quedarse en Guadalupe. Iba preparado para ello. Pero ahora tenía más interés en ir a San Simeón y Lucía, los dos lugares donde habían aparecido ahogados los otros muchachos.

Viajó a San Simeón y allí entrevistó a Judy Taylor, y esta le habló de Martin Stack y de que él la había dejado plantado por una sirena.

—¿Qué sirena? —preguntó Alex.

—No le dio un nombre, señor Ferguson. Solo dijo eso. Una sirena.

Alex pensó que aquella sirena podría ser tan hermosa como Perla, aunque nadie le pudo dar razón en San Simeón de la joven a la que Judy se refería.

Y de San Simeón fue a Lucía, y allí habló con Joe Morris.

—Pat tenía una cita con Sirena —dijo Joe.

Cuando Alex oyó aquella respuesta preguntó si ese era el nombre de la muchacha.

—Sí, ese fue el nombre que dio Pat, pero ninguno la hemos visto. Esa chica no era del pueblo. Mis amigos y yo lo hemos comentado. No, nunca hemos visto por aquí a una muchacha como la que Pat Dreyer nos describió; rubia, hermosa, con la piel bronceada.

Alex se alojó en el hotel Mariola, donde trabajaba Joe y habló telefónicamente con William Lemont, su jefe.

—¿Dónde diablos estás, Alex?

—En Lucía.

—Te dije que fuese a Guadalupe.

—Estuve en Guadalupe, en San Simeón y ahora estoy en Lucía.

—¿Por qué?

—Usted tenía razón, Viejo. Esto es un gran asunto.

—¿Por qué?

—En los tres casos de los muchachos ahogados, hay siempre una misteriosa joven. El primer ahogado fue Martin Stack y, supuestamente,

había conocido a una sirena. El segundo ahogado fue Pat Dreyer y habló con una mujer que se llamaba Sirena. Y el tercer ahogado fue Richard Kerwin y encontró a una mujer que dijo llamarse Perla. Y en los tres casos la joven no se conoce en el pueblo. Solo un tipo, aparte de las víctimas, logró ver a una de ellas, a Perla, la chica de Guadalupe. Un amigo de Richard Kerwin, Dick Kramer, los espío arrastrándose por la arena, y hasta sorprendió un trozo de su conversación. Perla le decía a Richard que si lo quería de verdad, la tenía que acompañar a un mundo maravilloso.

—¿Estás bien, Alex?

—Sí, jefe, todavía no estoy loco.

—Eso no tiene sentido.

—Es lo que me gusta.

—Ten cuidado, Alex.

—¿Cómo puedo tenerlo cuando están en juego unas mujeres tan maravillosas? Imagínese que se me presenta una de ellas. Sirena, Perla, o como quiera llamarse, rubia, de piel bronceada, rostro bellísimo... Quiero una para mí, jefe... —y luego colgó.

CAPÍTULO V

Alex Ferguson había alquilado una canoa con motor fuera borda.

Llevaba dos días recorriendo la costa desde Lucía hasta Guadalupe y regreso.

De vez en cuando, se detenía para pescar. Tenía que aparentar ser un hombre de vacaciones que disfrutaba de su deporte favorito.

Mientras pescaba, usaba los prismáticos observando la costa, pulgada a pulgada, buscando algo. Y ese algo él sabía bien lo que era. Una de aquellas mujeres rubias y de impresionante hermosura. Pero no encontraba a ninguna. Había visto a rubias, pero ninguna de ellas era de la categoría de Sirena o Perla, tal como le habían sido descritas.

Aquella mañana había hecho un alto en Pacific Valley, que estaba muy cerca de Lucía.

Había colocado la caña para pescar el pez espada, y la canoa se deslizaba a una velocidad moderada, mientras manejaba los prismáticos observando la playa.

La caña se cimbread fuertemente.

Detuvo la marcha de la canoa y corrió a la caña.

Había picado un ejemplar. Lo vio saltar en el aire, una y otra vez. Sí, era hermoso aquel pez espada.

—Hola —dijo una voz a su espalda.

Volvió la cabeza.

Una mujer estaba apoyada en el borde de la barca, con los brazos desnudos.

Alex nunca había visto unos ojos tan verdes ni tan hermosos, y su cabello era rubio, como el del trigo en agosto, y su rostro bellísimo.

Sintió que se le resecaba la garganta.

—¿De dónde llegó?

—Vine nadando desde la orilla.

—No la vi.

—Tenga cuidado. Se le va a escapar el pez.

Alex se había distraído demasiado y, en aquel momento, el pez espada pegó una sacudida y se libró del anzuelo que había mordido.

Alex se volvió hacia la joven.

—Me quedé sin pesca.

—Lo siento. Fue culpa mía. Lo distraje.

—Suba, no se quede ahí.

Ella pareció titubear unos instantes y finalmente subió.

Alex fue a ayudarla, pero ella ya estaba dentro.

Se quedó otra vez impresionado viendo lo que acompañaba a la cabeza de aquella mujer. Se cubría con un bikini, un dos piezas de piel de tiburón.

Y todo su cuerpo era maravillosamente proporcionado porque poseía unas piernas esbeltas, de muslo redondo, y el estómago de un muchacho, con unos senos espléndidos.

Ella se había sentado y sacudió la cabeza, desparramando el agua de su cabello y de su cara.

—Soy Alex Ferguson.

—Hola —dijo ella con una sonrisa, y alargó su mano—. Yo soy Marina.

Se llamaba Marina. Y una de ellas se había llamado Sirena y otra Perla. Todas tenían un nombre relacionado con el océano.

—¿Vive por aquí, Marina?

—Solo estoy pasando unos días.

—¿Dónde?

—Es muy curioso.

—Con usted, eso no es una falta...

—Es muy gentil.

—¿Bebe un trago?

—¿Qué es lo que tiene?

—Martini, Coca-Cola...

—Un Martini.

—Enseguida se lo preparo.

Sacó dos botellitas de Martini de la nevera portátil y los vertió en dos vasos. Entregó uno de ellos a Marina y se sentó a su lado.

Observó que ella apenas se mojaba los labios.

—¿A qué se dedica, Alex?

—A pescar, ya lo ve.

—Quiero decir cuál es su profesión.

—Oh, sí, tengo en sociedad una estación de servicio.

—¿Casado?

—Mi socio lo está, pero yo no... Douglas me dice que soy de los duros, y yo le digo que no tengo la culpa de que me gusten las mujeres.

—¿Le gustan todas?

—Las hermosas.

—¿Y tiene mucho éxito con ellas?

—No me puedo quejar.

Alex estaba pensando. Las tres víctimas, Martin Stack, Pat Dreyer y Richard Kerwin eran bien acogidos por parte de las chicas. Y Marina le preguntaba acerca de ese tema.

Tras aquella respuesta de él, Marina se había quedado en suspenso, mirando la costa.

Alex siguió la dirección de los ojos femeninos. Marina estaba

observando un lugar rocoso, con muchos arrecifes y con peñas que sobresalían del agua.

—¿Ha visto algo, Marina?

—Nada de particular. Creí que había una mujer en una de las rocas.

—No, no hay nadie.

Alex había bebido su Martini.

—Voy por otro.

Dio la espalda a la joven y se acercó a la nevera. Pero en un momento determinado volvió la cabeza y vio cómo Marina arrojaba su Martini al mar.

Alex se sirvió otro y regresó junto a la joven.

—¿Quiere repetir, Marina?

—Oh, no, con uno tuve bastante.

—¿Lo bebió de una sola vez?

—Sí —dijo ella con una sonrisa.

—Hábleme de sus padres, Marina.

—¿De mis padres?

Alex le dio un tono festivo a sus palabras.

—Supongo que los tendrá, como todos nosotros.

—Oh, claro, pero no sé nada de ellos. Verá, mi padre y mi madre se divorciaron. Yo me fui a vivir con un tío, pero hace un par de años también me separé de él. Vivo independiente.

—¿Dónde?

—En San Francisco.

—¿Trabaja?

—Sí.

—¿Dónde?

—En una oficina de seguros. También tomé mis vacaciones, Alex. ¿Te parece que nos tuteemos?

—Desde luego.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar aquí, Alex?

—Estaré todavía tres o cuatro días.

—Qué coincidencia. También yo voy a estar tres o cuatro días.

—Yo estoy en Lucía. ¿Y tú, Marina?

—En Pacific Valley.

—Dame tu dirección.

—No, no quiero que me vengas a buscar, Alex.

—¿Por qué no?

—Estoy con una familia y ellos son muy estrictos... Gente rara, ya sabes.

—Vaya, siempre hay tipos que no marchan al compás de los tiempos.

Ella se levantó.

—Te dejo, Alex.

—Eh, no me has dicho cuándo te voy a volver a ver.

—Yo te veré a ti, Alex.

—¿Cuándo?

—Mañana en la noche.

—¿Por qué no esta noche?

—No puede ser.

—¿Y dónde nos veremos mañana por la noche?

—Allí enfrente, en Pacific Valley.

—La playa es muy grande.

—No te preocupes. Tú te pones a pasear y yo me reuniré contigo.

Marina se arrojó de cabeza al agua, y Alex, cuando la vio reaparecer, gritó:

—¡No me has dicho la hora!

—¡Cuando sea de noche!

—¡La noche es muy larga!

—¡A las nueve!

—¡Marina, sube a la barca! ¡Te llevaré a la orilla!

—No, gracias, prefiero nadar.

—Estamos muy lejos. Te cansarás.

—No te preocupes por mí. Sé nadar bien.

La joven braceó con energía y empezó a alejarse rápidamente de la barca.

Alex pensó que aquella muchacha era toda una campeona.

Pero la iba a seguir.

La vio desaparecer por entre los arrecifes y entonces puso en marcha la canoa con suavidad.

La embarcación avanzó casi meciéndose en las olas.

Al llegar a los arrecifes, Alex tuvo cuidado para no hacerla chocar contra las rocas que afloraban en el agua.

No veía a Marina.

Hizo girar el timón metiendo la lancha por entre los peñascos. Pero seguía sin ver a Marina.

La joven había desaparecido.

Mientras manejaba con una mano el timón, cogió los prismáticos y se puso a observar la costa rocosa.

Tampoco descubrió a Marina.

De pronto una ola golpeó contra la lancha y estuvo a punto de volcarla.

El mar no estaba alborotado.

Pero luego llegó otra ola y de nuevo golpeó la lancha.

Alex dejó caer los prismáticos y aferró con las dos manos el timón.

Aquellos dos golpes de mar lo habían puesto en una situación crítica.

Estaba rodeado por las rocas que afloraban. No imaginó que hubiese tanta profundidad por allí, pero el agua era negra.

De pronto, pensó que todo pudiese ser una trampa. Marina había aparecido en su embarcación, había hablado un poco para interesarle y luego lo había dejado. Pero Marina sabía que él seguiría. Y si una de aquellas olas lograba volcar la lancha, él sería destrozado contra los arrecifes.

Pensó en el informe de la policía de Pacific Valley que pondrían en la mesa de su jefe, Lemont. Ya podía leerlo: «El periodista del *Star* de Los Ángeles, Alex Ferguson, naufraga cuando pescaba el pez espada. Su cuerpo troceado contra los arrecifes no cabe en un pañuelo».

Apretó los dientes hasta hacerlos rechinar. No, no le gustó nada aquel telegrama que el Viejo podría recibir, si no salía de aquel apuro.

Otra ola embistió la embarcación. La elevó como cuatro metros y luego se fue hacia abajo, y Alex pensó que en el camino se encontraría con una roca y que la lancha saltaría en pedazos.

Hizo girar el timón con todas sus fuerzas.

Terminó el descenso de aquel tobogán en que se había metido. Se produjo un chasquido, pero había pedido una buena embarcación, lo mismo que el más potente motor, porque sabía en qué clase de asunto estaba metido, un asunto en el que ya había tres víctimas.

El motor respondió como esperaba y salió de aquel laberinto metiéndose otra vez en el mar libre.

Cuando se alejaba de las rocas, se dio cuenta de que todo su cuerpo estaba empapado por un sudor frío. Había escapado a la muerte por un pelo.

CAPÍTULO VI

Alex Ferguson estaba cenando en un restaurante de la playa de Pacific Valley.

Era una hermosa terraza con un gran ventanal. A través de los cristales podía ver los arrecifes donde aquella mañana había estado a punto de morir.

El camarero era un muchacho.

—¿Cómo te llamas?

—Tony.

—Estoy buscando a una chica rubia de ojos verdes, muy hermosa. Se llama Marina.

—Lo siento, señor, pero no conozco a ninguna chica que se llame Marina. Perdona, conozco a una.

—¿Dónde está?

—Pero ella es gorda y tampoco es rubia.

—No, no es esa.

El camarero se excusó.

Alex terminó la cena, pagó su importe y se fue a la solitaria playa.

Encendió un cigarrillo.

Estaba inmóvil mirando los arrecifes. Por allí había desaparecido Marina. Había nadado por un sitio que ni el mejor nadador se hubiese atrevido a cruzar.

Sintió tentación de ir hacia las rocas, pero pensó que lo podría echar a perder. Aquella no era la noche de la cita, sino la siguiente. Pero, ¿volvería a ver a Marina o ella había contado con que la seguiría en la canoa y que las olas se encargarían de destruirlo?

Decidió esperar al día siguiente. Montó en su automóvil y volvió a Lucía.

Joe estaba en el registro del hotel.

—Señor Ferguson, el capitán Parrish quiere verle.

—¿Para qué?

—No lo sé. Vino aquí y dijo que quería hablar con usted.

—Es ya muy tarde.

—Dijo que lo fuese a ver a la hora que llegase.

—Está bien, Joe, iré dando un paseo.

Fue andando hasta la comisaría y entró en ella.

Vio a un hombre de uniforme que estaba leyendo el periódico.

—Buenas noches, soy Alex Ferguson.

El hombre apartó los ojos del periódico y observó atentamente al visitante.

—Hizo mal, señor Ferguson.

—¿Qué fue lo que hice mal?

—En no venir a hablar con el capitán.

—No sabía que los forasteros tuviesen que cumplir con esa obligación.

—Chistoso, ¿eh?

—¿Quizá aparqué mal el coche y no me di cuenta?

—Guarde sus ingeniosidades para el jefe, señor Ferguson. Yo solo soy un sargento, el sargento Nelson.

Descolgó un teléfono.

—Capitán Parrish, aquí está Alex Ferguson —esperó unos instantes—. Ya puede pasar, Ferguson.

—Muy amable.

Alex abrió la puerta en donde se leía: Capitán Roger Parrish.

El jefe de policía de Lucía estaba de pie, junto a una ventana, de espaldas a Alex.

—Buenas noches, capitán Parrish.

El capitán se volvió.

—¿Qué es lo que espera sacar de aquí, Ferguson?

—Soy periodista y trabajo para el *Star*.

—Todo eso ya lo sé.

—Busco información.

—¿Sobre Pat Dreyer?

—Es posible.

—Oiga, en la muerte de Pat Dreyer no hay nada misterioso. El muchacho quiso tomar un baño, sufrió un desmayo y se ahogó. Es todo.

—Si es todo, no tiene por qué preocuparse, capitán. Yo no sacaré nada.

—Ustedes, los periodistas de la gran ciudad, se creen muy listos. Tienen respuestas para un comisario de policía que vive en un pueblo.

—No tengo nada contra usted, capitán. Creo que, tal como sucedieron los hechos, usted hizo lo que tenía que hacer. Si descubro algo, no le voy a criticar.

—¿Qué es lo que espera descubrir?

—No lo sé.

El capitán Parrish dio unos pasos hacia su mesa. Se detuvo y miró otra vez a Alex.

—Ha alquilado una canoa con motor fuera borda a Max Wemer... Y Max me dijo que usted pidió lo mejor que tuviese.

—Me gusta pescar el pez espada y sé por experiencia que, si uno no tiene una buena embarcación con un buen motor, puede encontrarse en un trance difícil.

De buena gana hubiese reído porque él, a pesar de haber tenido una

buena lancha con el mejor motor, se había visto en el peor de los trances cuando trató de seguir a Marina.

—Oiga, Ferguson, eso de la pesca del pez espada es un cuento suyo.

—¿Por qué dice eso, capitán?

—Si uno quiere pescar el pez espada, ha de llevar un compañero. Alguien se tiene que ocupar de conducirla barca mientras el otro pesca. Y usted va solo en esa lancha y recorre de un lado a otro la costa, y lo que menos hace es pescar.

Alex se preguntó si eso también lo habría tenido en cuenta Marina.

—En este pueblo no ha pasado nada que justifique la presencia de un periodista.

—Yo no estaría tan seguro.

—¿Tiene alguna pista?

—No —mintió Alex.

—¿Entonces?

—Estaré solo unos días en su pueblo.

—¿Cuántos?

—No lo sé, capitán. Puede que sean dos o tres. Pero si no doy con algo, me marcharé.

—No dará con nada.

—Gracias por los ánimos. ¿Alguna cosa más, capitán?

—Puede marcharse.

Ya iba a abrir la puerta cuando Parrish dijo:

—Un momento, Ferguson.

—¿Sí, capitán?

—Quiero que me informe si descubre algo.

Alex sonrió.

—¿Piensa que puedo descubrir algo?

—¡No, maldita sea! Pero soy el jefe de policía y, si encuentra alguna pista, debo estar al corriente. No quiero que mis ciudadanos digan que un tipo viene de fuera para hacer mi trabajo, ¿lo entiende?

—Oh, sí, lo entiendo.

—Pues ya terminó su visita.

El sargento Nelson no estaba leyendo el periódico. Fumaba un cigarrillo apoyado en la pared.

—¿Cree en la existencia de Sirena, señor Ferguson?

—¿Y usted, sargento?

—Fue una invención. Aquí nunca ha habido una joven llamada Sirena.

—Yo tampoco la encontré.

—Pero la sigue buscando.

—Creo que vale la pena.

—Pierde su tiempo.

—Es mío, sargento. Y del periódico que me paga.

Alex salió de la comisaría y regresó al hotel Manola.

—Dame mi llave, Joe —dijo, un poco malhumorado después de su visita a la comisaría.

—No tengo la llave, señor. Se la di a la rubia.

—¿A qué rubia?

—A la que usted se refirió. Es muy bonita y esbelta y tiene los ojos verdes. Le di la llave porque ella dijo que usted estaría muy satisfecho de verla.

—¿Cuándo llegó?

—Hace unos minutos. ¿Hice bien en darle la llave, señor Ferguson?

—Sí, muy bien. Gracias, Joe.

—De nada, señor Ferguson.

Alex subió la escalera. Lo hizo lentamente y se detuvo en el rellano para encender un cigarrillo.

Su mente estaba pensando muy aprisa.

Marina estaba allí. Ella misma había ido a verle, adelantando una noche la cita, y eso quería decir que la estupenda nadadora sabía que él no había muerto cuando trató de seguirla en la lancha.

¿Qué nueva trampa le preparaba?

No, él no se podía dejar engañar como un muchacho de dieciocho años, como Martin Stack, Pat Dreyer o Richard Kerwin.

Él era Alex Ferguson, un hombre experimentado con las mujeres. Ninguna le había echado el lazo, y tampoco se lo echaría Marina, a pesar de que era una mujer de extraordinaria hermosura.

Ya había llegado junto a su puerta.

A la otra parte se encontraba la enigmática mujer que había conocido en el mar.

Hizo girar el tirador con suavidad.

Quería sorprender a Marina y logró abrir en silencio.

Pasó por el resquicio y la vio de espaldas, con su cabellera rubia. Ella estaba mirando por la ventana, al océano.

—Marina —la llamó.

Ella se volvió lanzando un gritito.

Pero no era Marina, sino Eva Harris, aunque ahora tenía una peluca rubia.

CAPÍTULO VII

Alex sintió que la sangre hervía en sus venas.

—Eva —dijo—, ¿qué haces aquí?

Eva levantó una mano sonriendo y dijo:

—Como era el fin de semana, decidí que lo podía pasar contigo.

—¡No, no vas a pasar el fin de semana en Lucía!

—¿Y dónde crees que lo voy a pasar?

—En la Morgue.

—¿En la Morgue?

—Sí, porque te voy a estrangular. Y da la casualidad de que a los cadáveres los llevan a la Morgue.

Alex echó a andar hacia ella con las manos por delante.

Eva echó a correr.

—¡Alex, creí que te pondrías muy contento al verme!

—¡No estoy nada contento!

—Aquí llevas una vida solitaria.

—¡Y quería seguir llevando una vida solitaria!

Logró arrinconar a Eva.

—¡No me toques, Alex!

—Claro que te voy a tocar.

Tiró de ella con fuerza. Se sentó en el borde de la cama y echó a Eva sobre sus piernas, boca abajo, y le dio unas palmadas en los cuartos traseros.

Eva logró desasirse de él, pero cayó en el suelo.

—¡Salvaje!... ¡Bandido! —lloriqueó.

Alex la señaló con el dedo.

—¡No debiste venir, Eva! Estoy metido en un caso que ya costó tres vidas.

—¿Te refieres a los tres ahogados?

—Sí.

—Murieron casualmente.

—¡Murieron asesinados!

Eva dejó de lloriquear.

—¿Estás seguro, Alex?

—Sí.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿La policía?

—Lo descubrí yo.

—¿Cómo lo sabes?

—No pienso decírtelo porque te vas a marchar ahora mismo.
—¿Quién es Marina?
—No te importa.
—¿Quién es Marina? —insistió Eva.
—¡Ni siquiera yo lo sé!
—Oh, Alex, tú estás muy mal. De modo que conoces a una chica, y no sabes quién es.
—¡No, no lo sé!
—Estás perdiendo facultades. Antes, cuando conocías a una chica, te bastaban unos minutos para saber todo acerca de ella. Hasta el lugar donde tenía la vacuna.
Alex se dirigió hacia la joven, la cual gritó:
—¡No me toques, donjuán de pacotilla!
—¡Te vas a largar por el mismo camino que trajiste!
—Pasaré aquí el fin de semana.
—¡No harás tal cosa!
—Tú no eres nadie para impedírmelo, Alex Ferguson.
—¿Es que no crees en mi palabra?
—Me puedes declarar tu amor sesenta veces, y sesenta veces no te creeré.
—¡No hablaba de amor ahora, sino de los asesinatos! Eva, yo soy la próxima víctima.
—¿Eh?
—Lo que oyes. Me van a matar.
Eva se echó a reír.
—Eres el tipo más gracioso que he conocido en mi vida, Alex. De modo que te van a matar y tú estás tan tranquilo.
—Soy el cebo.
—Y te va a comer un pez espada.
—¡No, Eva, no es un pez espada lo que yo trato de pescar!
—Quieres pescar a Marina.
—Sí.
—¡Cínico!
—Marina no es lo que tú crees.
—Me viste de espaldas y me llamaste Marina. Por tanto, ella debe ser como yo.
—Admito que ella es casi como tú.
—¿Casi?
—Quiero decir que ella tiene tus hermosas piernas.
—¿Te parecen hermosas las mías?
—¡No me interrumpas!
—Está bien. ¿Qué más tiene Marina que se parezca a mí?
—Sus caderas son tan anchas como las tuyas.

—Noventa y tres.

—Y su cintura es tan estrecha como la tuya.

—Cincuenta y cinco.

—Y en cuanto a su busto...

—Noventa y dos.

—Sí, poco más o menos, ella debe tener noventa y dos.

Ahora fue Eva quien se acercó a él.

—¿Y qué me dices de su cara, Alex?

—Sus ojos son verdes como los tuyos... Su boca...

—Continúa. ¿Qué le pasa a su boca?

—Su boca tiene los labios tan rojos como los tuyos.

Alex la atrapó por la espalda y tiró de ella. Sus labios se unieron.

El beso duró mucho.

Y de pronto Alex la soltó.

—¡Traidora!

—¿Qué te pasa, Alex?

—Me has engatusado sonsacándome acerca de Marina.

—Oye, ¿por qué no olvidas de una vez a Marina? —Eva puso un brazo en jarras—. ¿No estoy yo aquí y ella se parece tanto a mí? Usa el modelo original y déjate de imitaciones.

—¿Quién está conquistando a quién? Con que yo soy el donjuán de pacotilla. ¿Qué eres tú? ¡Yo te lo diré! ¡Una doña Juana provocativa! ¡Y estás olvidando algo muy importante!

—¿Qué cosa?

—Que soy de carne y hueso.

Ella irguió el busto desafiante.

—Pruébalo, Alex.

—¿Quieres que te pegue otra paliza?

—Inténtalo. A lo mejor soy masoquista.

—Eva —gimió Alex—, ¿por qué no eres más comprensiva?

Eva exhaló el aire.

—De acuerdo. Lo seré.

—Estupendo —sonrió Alex—. Te vas.

—Me quedo. Pero no en tu habitación. Ahora mismo bajaré y le pediré a Joe que me dé otra. Y eso será algo que tú no podrás impedir. ¿Quieres a Marina? Te la dejo. Puedes hacer con ella lo que quieras. Pero no consentiré que arruines mi fin de semana. ¡Vine a pasarlo aquí y aquí me quedaré!

Eva salió rápidamente de la habitación.

—¡Eva! —gritó Alex—. ¡Vuelve!

Pero su compañera del *Star* no volvió.

Alex se dio a todos los diablos. Era lo que le faltaba. Estaba metido hasta el cuello en un caso donde, si no se equivocaba, había tres víctimas,

y él iba a ser la cuarta. Bueno, lo sería si se dejaba matar, pero él amaba la vida. Él quería seguir viviendo. No, a él no le iban a ahogar como ya habían hecho con Martin Stack, Pat Dreyer y Richard Kerwin.

Se desvistió y entró en el cuarto de baño para tomar una ducha porque ahora sentía mucho calor, quizá debido a la escena que había protagonizado con Eva.

Estaba recibiendo el agua fría en el cuerpo cuando oyó que la puerta de su habitación se abría.

—¿Quién es?

Nadie le contestó.

—¿Eva?

Tampoco le respondieron.

Salió del baño y se puso el albornoz.

La puerta estaba entreabierta y solo tuvo que empujarla.

De pronto algo saltó hacia él, desde un lado. Solo lo vio por el rabillo del ojo y, en el siguiente segundo, tenía unas manos en el cuello.

Su atacante estaba detrás, y aquellas manos empezaron a presionarle.

Levantó los brazos, pero la presión era demasiado grande y sus miembros se paralizaron.

Bajó la cabeza y quedó horrorizado al ver lo que le aprisionaba la garganta. Sí, eran unas manos, pero estaban cubiertas de escamas.

Entonces recordó a Martin Stack, a Pat Dreyer y a Richard Kerwin. Ellos habían muerto ahogados y el mar los había arrojado a la playa. También lo iban a ahogar, pero él no iba a ser encontrado en la playa, sino en la habitación de un hotel.

Hizo un esfuerzo sobrehumano por levantar los brazos y lo logró, y sus dedos tocaron aquellas manos escamosas que lo estaban ahogando.

Pero ya era demasiado tarde para intentar algo, porque le quedaban unos segundos de vida.

Aquella persona o ser extraño y escamoso que estaba detrás de él, había ido allí para matarlo y lo iba a conseguir.

Los objetos de la habitación empezaron a dar vueltas, y luego una nube empezó a cubrir sus ojos.

Pensó que era el final y entonces recordó a Eva y mentalmente dijo: «Eva, ¿por qué te marchaste de aquí?»

CAPÍTULO VIII

De pronto llamaron a la puerta.

Las manos que estaban ahogando a Alex dejaron de apretar.

Aquella cosa echó a correr.

Alex cayó de bruces.

Permaneció así unos instantes.

Oyó que la persona o el ser que lo había tratado de ahogar escapaba por la ventana. Pero, cuando logró alzar la cabeza, ya no vio a nadie.

Llamaron otra vez a la puerta.

—¡Soy yo, Alex! —era la voz de Eva.

—¡Está abierto!

Eva entró y, al verlo en el suelo, dijo:

—¿Qué es lo que estás buscando?

—El trozo de vida que me quedaba.

Alex se levantó, pero estuvo a punto de caer porque todavía no había podido recuperarse del todo.

Eva corrió hacia él y lo sostuvo.

Alex se apoyó en la joven y la miró a los ojos.

—Eva, gracias por venir. Me estaban matando.

—¡Oh, no!

—Sí, Eva. Algo apareció por detrás de mí. No te puedo decir qué era. Algo que tenía unas manos llenas de escamas.

—¿Cuánto whisky has bebido, Alex?

—Nada, todavía, pero ahora pienso beberme media botella.

Alex se dirigió hacia una mesa donde había dejado la botella de whisky y un vaso. Se sirvió una abundante ración que bebió de un trago.

—¿Por qué volviste, Eva?

—Solo quería hacerte una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Por qué no me llevas mañana a pescar el pez espada?

—Está bien. Te llevaré.

—¿Por qué has cambiado de idea?

—Ya te lo dije. ¡Porque me salvaste la vida!

Eva corrió hacia él, le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca.

—¿Qué haces, Eva?

—Demostrarte mi agradecimiento.

—Soy yo el que te lo tiene que agradecer a ti.

—Pues bésame, tonto.

Alex la besó y ella dio gruñiditos de satisfacción.

Cuando se separaron, él la empujó hasta la puerta.

—Eva, eres una mujer decente, y a estas horas de la noche no debes estar en el cuarto de un hombre soltero.

Ella dio una patadita en el suelo.

—¿Lo ves? A veces la decencia pierde a las mujeres.

Salió de la habitación y Alex se sirvió otra ración de whisky. Mientras bebía se miró en el espejo.

No tenía ninguna huella. Las manos de aquella cosa no habían dejado ninguna marca en su carne. ¿Quería decir que así habrían muerto los tres ahogados, como lo iban a matar a él, y por eso no presentaban ninguna señal?

Se asomó a la ventana por dónde había desaparecido aquel ser, sea lo que fuere.

Todo estaba muy tranquilo. Hacía una noche estrellada.

Dos jovencitos estaban un poco más allá del hotel, besándose.

Miró el mar. ¿Habría venido de allí la cosa?

Al sur estaba Pacific Valley, donde había conocido a Marina... ¿Y si fuese la propia Marina la que le había visitado? Pero había visto sus manos en la barca y tenía unas manos como las de otra mujer.

Cerró la ventana y se aseguró que no podía abrirse desde afuera. Con un intento de asesinato ya había tenido bastante por aquella noche.

Cerró con llave la puerta de la habitación, se tendió en la cama y no tardó en conciliar el sueño.

* * *

Eva y Alex estaban en la canoa.

Se bañaron y luego, tendidos al sol, él le contó la historia de sus sospechas y de su encuentro con Marina, y lo que había pasado en los arrecifes, cuando trató de seguirla en aquella embarcación.

Eva se sentó y dijo:

—Mírame.

—¿Qué pasa, Eva?

—¿Es que no lo notas...? Tengo la carne de gallina.

—Pues es la mejor carne de gallina que he visto en mucho tiempo —dijo Alex porque ahora Eva llevaba un bikini de dos piezas muy diminutas.

—Eres un loco.

—¿Por requebrarte?

—Ya era hora de que lo hicieses. Me refería a lo otro. Por seguir a Marina.

—Cariño, ella es una mujer sensacional, y yo siempre he ido detrás de las mujeres sensacionales.

—¿Quieres que te saque los ojos?

—No podría adelantar nada en este asunto si me dejases ciego.

—En cuanto lleguemos a tierra, no vas a seguir adelantando nada porque nos vamos.

—¿Adónde, querida?

—¿Adónde va a ser? A casita, que llueve.

Alex levantó la mirada al cielo.

—No veo una sola nube, cariño.

—Alex, por lo que más quieras, olvida a Marina.

—Eso no será fácil.

—De acuerdo, consérvala en tu mente, pero no acudirás a la cita que te dio para esta noche.

—Eva, yo soy un caballero.

—Si esta vez dejases plantada a tu dama, merecerás una medalla al valor.

—Todo lo contrario. Si yo plantase a Marina, sería un cobarde. Tú misma lo has dicho, Eva. Se te ha puesto la carne de gallina cuando te contaba mi historia. Por tanto, soy un valiente si continúo la investigación.

—No vas a descubrir nada. Marina te ahogará como hicieron con los otros muchachos.

—Yo tengo una ventaja sobre los muchachos.

—¿Cuál?

—Sé que me van a ahogar.

Alex la cogió por los brazos y la besó en la boca.

—Nena, me vas a hacer un favor.

—Sigue.

—Tú eres la que te vas a Los Ángeles.

—Decía que siguieses besándome.

Él la volvió a besar.

—Serás obediente, ¿verdad, Eva?

—Otra ración de lo mismo, mozo.

—Se acabó el menú.

—Pues sírveme el postre.

—Solo hay melocotones en conserva.

Alex se dirigió hacia la nevera portátil y sacó una lata de melocotones en conserva. Se lo echó a Eva. Y ella lo cogió con ademán de tirárselo a la cabeza.

—Me gustaría romperte el cráneo, Alex.

—¿Para qué?

—Para saber cuántos sesos tienes.

—Más que muchos, y de muy buena calidad. Anda, vamos a pescar el pez espada.

Eva colaboró enfurruñada.

Al cabo de media hora, picó una pieza, un ejemplar no tan hermoso

como el del día anterior, y esta vez Alex contó con la ayuda de Eva. Pero la joven siempre movía el timón por el lado contrario al que lo debía hacer, y eso dio lugar a algunas escenas cómicas, porque Alex iba de un lado a otro de la barca, gritando mientras sujetaba la caña en el cinturón:

—¡Que me tiras por la borda, Eva!... ¡Mueve el timón hacia el otro lado!

Después de una larga lucha, volvió a perder el pez.

Alex, lleno de sudor, se dejó caer en el fondo de la barca.

Eva acudió a su lado.

—¿Lo he hecho mal, Alex?

—Espero que hagas otra cosa mejor.

—Ahora lo verás —dijo Eva y, sentándose al lado de él, lo besó en la boca.

Alex la apartó con energía.

—¿Es que siempre estás pensando en eso, Eva?

—Tú preguntaste si sabía hacer otras cosas, y es lo primero que se me ocurrió.

—Debió ser lo último.

—Si yo fuese Marina, no protestarías.

—Admito que estoy pensando en Marina, pero no es precisamente en sus besos.

—¿En qué entonces? ¿En la medida de sus caderas, de su cintura y de su busto?

—No, Eva, no.

—¿En qué entonces?

—¿Quiénes son esas criaturas? ¿Sirena? ¿Perla? ¿Marina? ¿De dónde vienen? Admito que son mujeres muy hermosas y buenas nadadoras, como lo demostró Marina. Pero ella no llevaba ningún aparato de buceadora, ni siquiera el más insignificante tubo de oxígeno, y nadaba como un pez. Se metió por entre unos arrecifes que deben ser cortantes como hojas de cuchillo. ¿Qué son esas mujeres, Eva?

—¡Maldita sea, ya me pusiste otra vez la carne de gallina!

CAPÍTULO IX

Era de noche.

Alex había intentado convencer dos veces más a Eva para que se fuese a Los Ángeles, pero ella no quiso discutirlo. Estaba pasando su fin de semana en Lucía y allí se quedaría hasta la noche del domingo.

Eran las ocho y media.

Alex estaba en su habitación, preparándose para marcharse. Llevaba en su maleta una pistola. La examinó para asegurarse de que tenía puesto todo un cargador y de que estaba lista para mandar balas.

Miró el mar por la ventana.

Viajaría en su automóvil hasta Pacific Valley y llegaría en poco tiempo hasta casi la misma orilla de la playa, donde esperaba a Marina.

Guardó la pistola en el bolsillo.

La puerta se abrió y entró Eva.

—Ya estoy lista.

—Si has pensado que voy a cenar contigo, estás chiflada. Tengo otro compromiso.

—Estoy lista para acompañarte.

—¿Tú venir conmigo? ¡Ni lo pienses!

—Te acompañaré hasta la playa y me quedaré en el automóvil.

—Ella te vería.

—Me esconderé.

—Señorita Harris, es usted muy eficiente, pero rechazo su noble ofrecimiento. ¡No necesito carabina para esta noche!

Ella apretó los dientes.

—Eres un tozudo y estúpido periodista que no sabe lo que hace.

—Y tú una tozuda y... encantadora secretaria que se metió donde no debía. ¡Y ahora adiós! ¡Tengo prisa!

Alex salió de la habitación, pero ella corrió tras de él.

—Por lo que más quieras, Alex, llévame contigo.

Alex la detuvo al comienzo de la escalera.

—Eva, ¿quieres que te sacuda en la mandíbula?

—¿Te atreverías?

—Solo lo haré para desvanecerte y llevarte en brazos a tu habitación.

—¿Por qué no me llevas en vivo, sin necesidad de desvanecerme?

Alex levantó el puño cerrado y ella gritó:

—Está bien. Me quedo.

—Hasta luego, Eva.

—No debes decir hasta luego. Debes decir hasta nunca. Solo te veré en la orilla de la playa. ¡Y yo sé cómo estarás! ¡Ahogado y con unas hermosas algas en tu cabello!

—Si eso llega a ocurrir, no te detengas a contárselo a los policías de Lucía. Métete en tu coche y lárgate a Los Ángeles. El Viejo se encargará de todo.

—Sí, mi amo.

Alex salió del hotel. Montó en el coche e inició el viaje hacia Pacific Valley.

Llegó a los arrecifes, el lugar donde había conocido a Marina.

El cielo estaba estrellado, pero la luna había menguado mucho.

Sacó el coche de la carretera, dejándolo entre dos dunas, y echó a andar hacia la orilla.

No vio a nadie. Encendió un cigarrillo y se puso a pasear.

Las saetas de su reloj fosforescentes se juntaron en las nueve.

Miró hacia los arrecifes, pero siguió sin ver nada. Las olas se estrellaron contra las rocas produciendo un estruendo.

Ya eran las nueve y cinco. ¿Cómo había pensado en que Marina acudiera allí? Había sido un iluso. Naturalmente, Marina lo había visitado el día anterior, y había tratado de estrangularlo. ¿Por qué sus manos tenían escamas y no las tenía cuando la conoció en la canoa?

—Hola.

La voz había brotado a su espalda. Se volvió bruscamente y la vio.

Era Marina.

Pero no estaba vestida. También se cubría con bañador, el mismo dos piezas de piel de tiburón, y estaba tan hermosa, tan tentadora como en la canoa.

—¿De dónde saliste, Marina?

Ella señaló hacia la carretera.

—De allí.

—Oh, sí, estás en esa casa, donde la gente es tan estricta.

—Ya te lo dije.

—¿Y viniste en bañador desde la casa?

—Dejé mi ropa entre las cañas, más allá de la carretera.

—¿Qué clase de ropa?

Ella se acercó a él, que seguía sonriendo.

—¿Por qué haces esas preguntas?

—Me gustaría saber qué clase de ropa usas.

—¿Qué te pasa, Alex?

—Deja que sea yo quien haga las preguntas. Anoche intentaron asesinarme. ¿Fuiste tú?

—Alex, ¿qué dices?

—Algo entró en mi apartamento mientras me duchaba. No pude verlo,

pero sus manos estaban llenas de escamas. Esa cosa que me atacó huyó por la ventana cuando alguien llamó a mi puerta. Fue lo que me salvó de morir estrangulado por aquellas manos escamosas.

Marina, graciosamente, levantó sus manos.

—¿Tienen escamas las mías?

Alex las observó atentamente.

—No, no tienen escamas.

—¿Entonces?

Ella le echó los brazos al cuello y le besó en la boca.

—Alex, te cité aquí porque me gustas —le besó otra vez.

Alex quiso saborear aquel beso, no por el placer que le pudiese producir, sino para saber cómo besaban aquellas mujeres.

Y quedó desconcertado porque Marina besaba lo mismo que Eva.

¿Se estaría equivocando? ¿Sería Marina una mujer igual que Eva y no como Sirena o Perla?

—Alex, eres adorable —lo besó por tercera vez.

De pronto Alex empezó a sentirse mareado.

Ella seguía con sus brazos en el cuello varonil, sonriéndole.

—Querido, bésame tú ahora.

Alex le dio un empujón y se tambaleó.

—¿Qué es lo que tienes en los labios, Marina?

—Néctar.

—No, no es néctar. Es algo como el éter o el cloroformo. ¡Es eso lo que destilan tus labios!

Alex seguía tambaleándose.

Marina caminaba hacia él con los brazos abiertos.

—Ven aquí, Alex, quiero seguir besándote.

—¡No!

—Cariño, mi boca es dulce.

—No, tu boca produce el mismo efecto que el whisky.

—¿No te gusta el whisky?

—Solo embotellado.

—No seas tonto.

Alex se llevó las manos a la cabeza. Respiraba profundamente, tratando de despejar su cabeza, y ya lo estaba consiguiendo.

—¿No te gustó, Alex? Mírame bien. Soy más hermosa que cualquiera de las otras mujeres que has conocido...

—Sí, eres más hermosa que ellas, pero hasta ahora ninguna trató de matarme.

—Yo no quiero matarte. Quiero llevarte a un mundo maravilloso.

Ya lo había dicho. ¡Las mismas palabras que Dick Kramer oyó en boca de Perla!

—Marina...

—Acércate más, amor.
—¡No, no me acercaré! Antes quiero que me digas dónde está Perla.
—¿Perla?
—Tu compañera, la que mató a Richard Kerwin.
—Qué cosas más horribles dices, cariño.
—Tú eres como Sirena, como Perla, o como aquella que mató a Martin Stack.

—Nereida.
—Conque se llamaba Nereida.
—Sí, y vas a venir conmigo, Alex.
—Tú vas a venir conmigo, Marina.
—¿Adónde?
—A la policía.
—¿Qué tontería es esa?
—Vendrás conmigo a la comisaría.
—Tú vendrás conmigo a un mundo lleno de maravillas.
—No me interesa tu mundo lleno de maravillas.
—Vendrás, Alex, vendrás.
—No, dulzura. Tú me acompañarás para que me cuentes muchas cosas.
—Te las contaré.
—Eres muy amable.
—En donde yo vivo.
—No me interesa ir donde tú vives.
—Te prometo que te gustará.
—No, Marina, no me fío de tus promesas.

Alex ya estaba completamente despejado. Ahora sabía cómo habían convencido a Martin Stack, a Pat Dreyer y a Richard Kerwin. Con besos. Con un arma un antigua que la usó la primera mujer para atraer al primer hombre.

—No te resistas, Alex.
—Lo mismo te digo yo a ti, Marina. No te resistas.
En aquel momento Alex oyó un chapoteo en la orilla.

Miró hacia aquel lado y se asombró al ver salir del agua a una, a dos, a tres mujeres, que se cubrían cambien con bikini de piel de tiburón, y las tres eran rubias y, aunque poseían un rostro distinto al de Marina, eran tan hermosas, tan seductoras y tan atractivas como ella.

CAPÍTULO X

Marina se echó a reír.

—¿Te sorprendes, Alex?

—Sí, mucho. No sabía que del fondo del mar pudieren, brotar animales tan preciosos —señaló Alex a las mujeres que habían salido del agua y que lo estaban rodeando.

—No somos animalitos —dijo Marina.

—¿Debo llamaros peces?

—Ya sabrás lo que somos.

—No me interesa.

—Vas a venir con nosotras.

—No, preciosa, y será mejor que no os arriméis a mí o tendré que haceros daño.

Marina hizo chasquear los dedos.

Las tres jóvenes habían trazado un círculo alrededor de Alex, junto con Marina, y ahora las cuatro se pusieron en marcha hacia su víctima.

Alex se dio mucha prisa en sacar la pistola.

—Cuidado, nenas. Esto es una pistola y escupe balas que hacen mucho daño.

Marina y las otras tres mujeres no parecieron tener en cuenta aquellas palabras. Siguieron avanzando hacia Alex.

—Lo siento, Marina —dijo Alex—. Si das un paso más, tiraré sobre uno de tus hermosos remos.

Tampoco esta vez sirvió de nada aquella advertencia. Alex apretó el gatillo, apuntando al pie de Marina. Sonó el estampido y la bala salió hacia aquel pie.

Pero no le hizo ningún daño.

Alex estaba seguro de haber acertado.

Apuntó más arriba, a la pantorrilla, y disparó otra vez.

Alex pudo oír ahora el impacto en la pierna de Marina.

¡Y tampoco fue herida! ¡Las balas rebotaban en la piel de aquella mujer!

Ellas ya estaban muy cerca de Alex.

Alex apuntó al desnudo vientre de Marina y disparó por tercera vez.

La bala también rebotó.

Las cuatro mujeres saltaron sobre Alex.

Ferguson se sirvió de sus brazos y de sus piernas para repeler el ataque.

Logró golpear en la cara a una y la arrojó al suelo.

Las otras tres lo sujetaron por las muñecas, por los brazos y por el cuello. Alex se percató de que aquellas mujeres poseían una fuerza terrible, y eso le hizo recordar las manos que le habían aferrado la noche anterior en su habitación para ahogarlo.

Y ahora pudo ver que las manos que lo sujetaban, al apretarle, se llenaban de escamas.

El aire huía de sus pulmones.

Marina estaba por detrás de él, aferrándole el cuello. Alex se llamó a sí mismo estúpido por no haber aceptado el consejo de Eva. Había caído en la trampa voluntariamente, sin que nadie lo empujase.

Tuvo la impresión de que las estrellas del cielo chocaban entre sí produciendo un chisporroteo. Pero comprendió que todo eso ocurría en su mente, y que estaba perdiendo el conocimiento.

Luego, todo se oscureció.

* * *

Alex Ferguson despertó, pero creyó estar muerto al dirigir una mirada alrededor suyo.

Estaba en una habitación acristalada.

Y a través del cristal se veía un mundo espectacular.

Era el mundo de las profundidades marinas. Grandes y pequeños peces se paseaban más allá del vidrio.

Al otro lado había algas enormes, largas y verdes, que se mecían suavemente. También había allí peces que mordisqueaban las algas o que nadaban por encima.

Solo una parte de la habitación, la que comunicaba con una puerta, no era de vidrio, sino de un material que parecía plástico.

Había despertado en un lecho muy bajo, mullido, y él ya no estaba vestido. Se cubría tan solo con unos *shorts*.

Oyó un zumbido y una bombilla roja se encendió arriba sobre la puerta.

Saltó de la cama y contempló con atención lo que había a su alrededor, pero no era mucho, unos almohadones, un espejo en la pared. Sus ropas descansaban en uno de los almohadones.

Se acercó al espejo temiendo que lo hubiesen cambiado. Estaba preparado para cualquier cosa.

Pero su rostro seguía siendo el mismo, y tampoco se había transformado ninguna parte de su cuerpo.

¿Cómo lo habían conducido hasta allí? ¿Cómo había podido resistir la presión del agua para llegar vivo hasta aquel palacio?

¿Y dónde estaba el palacio? ¿En los arrecifes? Era absurdo. Los arrecifes estaban demasiado cerca de la costa y cualquier pescador submarinista podría haber encontrado aquel mundo extraño.

La puerta se abrió interrumpiendo sus pensamientos.

Entró Marina. Ya no se cubría con un bañador, sino con un vestido que la ceñía toda, un vestido plateado de escamas y que hacía resaltar sus curvas.

—Ahora pareces un pez, Marina.

Ella sonrió levantando la barbilla.

—Soy una mujer-pez.

—¿Quieres decir una combinación entre mujer y pez?

—Sí.

—No lo entiendo.

—Tú no puedes entender muchas cosas.

—Entonces, te agradecería que me lo hicieses comprender.

—No somos de aquí.

—¿Al decir aquí, te refieres a la Tierra?

—Exactamente.

—¿Y de dónde sois?

—De Neptuno.

—¿El planeta Neptuno?

—Sí.

—Allí no hay vida.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Tus sabios? ¿Esos hombres que llamáis científicos? Ellos saben muy poco acerca de otros mundos. La vida se está desarrollando en Neptuno, como se desarrolla en otros planetas. Y los seres que habitan esos mundos siguen un proceso de evolución. Pero vosotros, pobres seres humanos, creéis que todos los procesos de evolución de los seres con vida ha de ser como el vuestro... Peces, reptiles, mamíferos y, por fin, el poderoso ser humano... Y manejáis palabras que os llenan de orgullo. Decís que cuando en un proceso aparece un fenómeno repetido, ese fenómeno persiste, o sea, que del fenómeno cuantitativo llegáis al cualitativo.

—Algo así.

—Nosotras hemos dado varios saltos en el proceso.

—¿Qué clase de saltos?

—No hemos tenido necesidad de pasar por la cualidad de reptiles, ni siquiera la de mamíferos.

—Así que, de peces habéis saltado a la figura humana.

—Sí.

—¿Cómo habéis llegado a la Tierra?

—Llegamos en una embarcación aérea semejante a las vuestras, solo que la de nosotras es más potente porque contamos con una energía que vosotros todavía no conocéis.

—¿A qué habéis venido?

—Vuestro planeta es ideal para nosotros. Cuatro quintas partes de

vuestra tierra es agua, y, por tanto, nosotros tenemos más derecho a ocuparla porque nosotras necesitamos el agua.

—¿Por qué no lo pedisteis?

—¿A quién?

—A nosotros. Al fin y al cabo, somos los dueños de la Tierra.

—¿Quién reconoce esa posesión? Solo vosotros mismos.

—Podríais haber venido en son de paz.

—Nunca nos habríais aceptado.

—¿Cómo te atreves a contestar si no lo habéis intentado?

—Hemos estudiado al hombre y conocemos su condición. Y no nos gusta nada. Estáis llenos de vanidad, de ambición. Sois capaces de mataros entre vosotros, de exterminaros... Vuestra historia está llena de guerras. Sois iguales unos a otros, cambiáis solo de color de piel, pero os odiáis ferozmente. Odiaríais mucho más a seres que no son como vosotros.

—Eh, un momento. Tú eres igual que nuestras mujeres. Todas las que conocí de vosotras sois hermosas. Entre nuestras mujeres no las hay tan perfectas.

Marina se echó a reír.

—¿He dicho algo gracioso? —inquirió Alex.

—Sí.

—Pues explícame el chiste para que yo también me ría.

Ella puso los brazos en jarras.

—Soy atractiva, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y seductora?

—Ya te dije que lo eras.

—Me vas a conocer como soy, en mi mundo.

—Te estaré muy agradecido.

—Tendrás que esperar un poco.

—¿A qué?

—Tengo que salir al mar. Me verás a través del cristal.

—Muy bien.

Marina salió por la puerta y esta se cerró.

Alex echó a correr. Trató de abrir la puerta, pero no lo consiguió. La puerta no tenía tirador. Metió los dedos por las junturas e hizo fuerza, pero la puerta no cedió una pulgada.

Entonces, resignado, miró el cristal del fondo.

Vio aparecer a Marina. Se había despojado de su vestido de escamas de plata y se cubría otra vez con el dos piezas de piel de tiburón. Movía con suavidad los brazos y las piernas.

Quedó frente a él, junto al cristal. Y ella le estaba sonriendo. Era realmente prodigiosa la esbeltez de sus piernas y de toda su figura. Sí, era la más hermosa de cuantas mujeres había visto.

De repente, aquel cuerpo maravilloso de mujer empezó a transformarse. Los brazos y las piernas se fueron encogiéndose. Ya era una mujer monstruosa. Los miembros superiores e inferiores terminaron por desaparecer en el tronco, y la cabeza se fue abultando y las curvas de sus senos se ensancharon. Y todo aquel cuerpo empezó a convertirse en algo adiposo que le hizo recordar a una medusa.

Ya tenía forma de campana y de aquella campana brotaron filamentos largos, como algas. Sí, era una medusa enorme, pero tenía un ojo central, un ojo grande, que lo miraba a él. La medusa flotaba y se impulsaba acercándose o alejándose del cristal.

Alex estaba horrorizado. A pesar de que Marina se lo había advertido, no podía imaginar que realmente poseyese una figura tan distinta. La medusa se alejó hacia la izquierda y desapareció más allá de las algas.

Alex se llevó las manos a las sienes y las apretó con fuerza.

No, él no estaba en un palacio subterráneo. No, él tenía que encontrarse en el hotel de Lucía. Sufría una pesadilla y todo lo que le estaba ocurriendo formaba parte de ella. Pero, de un momento a otro, despertaría.

De nuevo, el zumbido lo volvió a la realidad.

La puerta se abrió y dio paso a Marina, que tenía otra vez su hermoso cuerpo de mujer, y se cubría con su vestido de escamas de plata.

—Espero que me hayas visto bien, Alex.

—Sí, demasiado bien. ¿Quién eres realmente?

—¿No tienes respuesta?

—Eres una medusa.

—Sí.

—¿Y por qué habéis adoptado nuestra forma?

—Es uno de nuestros poderes.

—He preguntado por qué.

—Para atraer a los hombres.

—¿Con qué fin?

—Necesitamos vuestro oxígeno.

—¿Nuestro oxígeno?

—El de vuestra sangre.

—Pero yo te vi en la barca y respirabas perfectamente... Y esos muchachos, Martin Stack, Pat Dreyer y Richard Kerwin también vieron a tus compañeras. Y tú y ella respirabais como nosotros.

—Por muy poco tiempo. Yo aparecí en tu barca, pero solo pude estar un rato contigo. Luego tuve que arrojarme al agua. Si hubiese permanecido unos minutos más, me habrías visto convertirme en una medusa, como antes.

—Entonces, los matasteis para asimilar el oxígeno.

—Sí.

—Y lo hacéis de una forma convincente. Con besos.

—Exacto.

—Respiración de boca a boca. Por eso cuando me besaste, me mareé...

Fue la falta de oxígeno. Me lo estabas robando.

—Ya lo sabes todo.

—No, todo no. Me falta mucho. ¿Cuántas sois?

—Solo cincuenta.

—Y seguiréis matando.

—Por algún tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos meses.

—¿Y cuándo dejaréis de matar?

—Cuando la Tierra sea toda agua.

—¿Cómo?

—Vuestro planeta se convertirá en un solo océano. Entonces vendrán las demás.

—Miles de medusas.

—Millones.

—Me gustaría que me contestases a la más importante pregunta: ¿Cómo vais a conseguir que toda la Tierra se convierta en un océano?

CAPÍTULO XI

Marina sonrió.

Y Alex se dijo que era una pura delicia verla sonreír. Sí, estaba seguro de no haber visto una sonrisa tan maravillosa en una mujer. Pero ella no era una mujer, sino un cuerpo gelatinoso llegado de Neptuno. Una medusa.

—¿Te acuerdas de lo que pasó ayer cuando trataste de seguirme en la barca, Alex?

—¿Te refieres a las olas?

—Sí, el mar estaba tranquilo y, cuando llegaste a los arrecifes, unas olas trataron de volcar tu embarcación. No lo consiguieron gracias a tu pericia.

—Vosotras provocasteis esas olas.

—Sí, y podemos provocar otras más grandes, olas gigantescas que cubrirán todo a su paso. Estáis muy orgullosos de vuestras ciudades, de Nueva York, de Los Ángeles, de París, de Moscú... Todas ellas, absolutamente todas, serán arrolladas por olas monstruosas. Todos vuestros pueblos, desde el que esté en los valles hasta el que esté en la más alta montaña, se sumergirán... Vuestro planeta será nuestro porque será un mundo submarino.

—¿Cómo lograréis formar esas olas gigantescas?

—Yo debía preguntarte a ti cómo se forman las olas en el mar. Es una combinación de varios efectos, influencias del Sol, de la Luna y también intervienen otros elementos como el aire... Nosotros fabricaremos esa combinación con nuestras máquinas.

—Ya puedo admitir eso. Sé que sois capaces, pero ¿cómo vosotras, medusas, podéis haber logrado tantos adelantos científicos?

—No se te ha metido en la cabeza lo del proceso de evolución. Te dije que dimos un salto en el tiempo. Hemos ganado miles de millones de años. Vosotros creéis que solo un ser con figura humana puede ser capaz de inventar una máquina. No puedes concebir que otro ser, con distinta forma a la vuestra, pueda raciocinar. Nosotras lo logramos, ¿lo entiendes? ¡Nosotras!

—¿Cómo os reproducís?

—Somos unisexuales.

—Todas hembras, ¿eh?

—No existen machos ni hembras entre nosotras. Existe un solo sexo. Nos reproducimos por nosotras mismas. Damos origen a larvas que depositamos en el fondo del mar. Luego ellas mismas van creciendo, se

liberan del lugar en que se han adherido y tienen vida propia.

—Es una pena.

—Entiendo, me ves hermosa y deseable, y quisieras que fuese como una de tus mujeres.

—Sí, la verdad es que, si estuviese poco tiempo aquí, te echaría de menos eso.

—No vas a estar mucho tiempo aquí.

—Me vas a quitar el oxígeno y luego me arrojarás a la playa.

—Tú no eres para mí.

—Conque no, ¿eh? ¿Y para quién soy?

—Para nuestra reina.

—Conque tenéis una reina.

—Ella necesitaba un hombre más fuerte. Y tú eres más fuerte y maduro de todos los frutos que hasta ahora encontramos.

—Oh, claro, soy una perita en dulce.

—¿Qué es eso de una perita en dulce?

—No te preocupes. Es una forma de hablar de nosotros, los terrestres, cuando nos apetece algo en especial.

—Nuestra reina te visitará dentro de poco, Alex.

—Pues que no olvide la servilleta para que no se manche mientras me merienda.

—Celebro que lo tomes en broma. Así será mejor para ti.

—¿Sabes una cosa? Que a mí no me gustan las bromas pesadas y esta es una de ellas.

—Me retiro.

—Eh, un momento, no me has dicho todavía el nombre de tu reina.

Alex tenía un plan. Cuando Marina abriese la puerta trataría de escapar, pero tenía que acercarse a ella y fue lo que hizo después de hacer su pregunta.

—Atlántida.

—¿Atlántida?

—Sí.

—Pero ese es un nombre que conocemos en la Tierra.

—Una reina que tuvimos hace muchos miles de años eligió ese nombre. Entonces se llamaba Medusa.

—¿Y por qué se cambió el nombre?

—Para conmemorar algo, un fracaso... Un grupo de medusas, hijas de Neptuno, vino a la Tierra e intentó apoderarse de ella. Logramos solo sumergir una parte, una civilización que se llamaba Atlántida. Nuestras máquinas no pudieron sumergir todo el planeta... Tuvimos que regresar a Neptuno y esperar mucho tiempo para iniciar una segunda invasión. Por eso, para que recordásemos todas aquel fracaso y no se volviese a repetir, nuestra reina adoptó el nombre del pueblo que destruimos.

—Qué lástima que no pueda volver a mi periódico.

—¿Para qué querrías volver?

—Para contar a mis lectores lo que pasó con Atlántida. Durante centenares de años muchos seres se han preguntado qué pasó con aquella civilización. Ni siquiera se sabe en qué lugar exacto se encontraba. Y ahora, por lo que yo sé, me darían el premio Pulitzer.

—Tu misión aquí es mucho más importante que ganar un premio.

—Oh, sí, debo servir de balón de oxígeno a tu reina.

—Deberías sentirte orgulloso.

—Lo estoy, nena, lo estoy. Ya puedes decir a la reina de las medusas que la estoy esperando con verdaderas ansias.

Marina se volvió para salir.

Probablemente la puerta se abrió bajo su efecto, o era alguna célula parecida a las fotoeléctricas la que accionaba el mecanismo. Lo cierto fue que la puerta se abrió sin que Marina tocara nada.

Alex saltó sobre Marina y se la llevó consigo por el hueco de la puerta.

Los dos cayeron y chocaron contra la pared de un corredor.

Alex fue a levantarse, pero no pudo porque las manos de Marina lo atraparon por el cuello.

Alex se maldijo por haber olvidado aquellos dedos como garfios.

Miró las manos de Marina y vio cómo se cubrían de escamas.

Tenía ante sí la cara de Marina llena de furia.

Con un hilillo de voz, Alex dijo:

—Si me estrangulas, tu reina se queda sin oxígeno.

Esas palabras hicieron reaccionar a Marina. Levantó a Alex y lo introdujo por la puerta que continuaba abierta.

Alex se tambaleó en aquella habitación que era su celda submarina.

Marina le sonrió desde el corredor.

—Tengo más fuerza que tú.

—Sí, ya lo probaste. Pero eso me recuerda algo. ¿Por qué me quisiste estrangular en mi habitación del hotel?

—No fui yo.

—Entonces, ¿quién era mi visitante?

—Una estúpida que quiso acabar contigo porque dijo que sabías demasiado. Apenas regresó aquí y dijo lo que había hecho, fue destruida. Y ya basta de conversación.

Marina se apartó a un lado y la puerta se cerró.

Alex seguía siendo un prisionero.

¿Un prisionero? No, de ninguna manera. Era algo peor que eso. Un condenado a muerte. La reina de las medusas iba a asimilar su oxígeno, el de sus pulmones y el de su sangre.

Se había olvidado de hacer una pregunta a Marina. ¿Cómo habían logrado meterlo en el palacio sin ahogarse?

Bueno, ¿qué importaba eso ahora? Lo importante era que estaba en aquel palacio y que iba a ser pasto de uno de aquellos seres extraños llegados de un planeta en el que supuestamente no había vida.

Sí, tenía cigarrillos en su ropa, pero le habían quitado el encendedor. ¿Por qué? Naturalmente, el fuego consumía oxígeno y ellas necesitaban mucho oxígeno para vivir con aquella forma de mujer.

Arrojó el paquete de cigarrillos contra la pared de vidrio.

Algunos peces se alejaron al impacto.

Pensó en Eva. Ella estaría en Lucía, en el hotel, esperando que él regresase. Pero él no iba a regresar nunca.

¿Qué haría Eva? ¿Seguiría su consejo y se marcharía a Los Ángeles?

Se imaginó al capitán de policía y al sargento Nelson escuchando a Eva, si es que esta decidía pedirles ayuda. Aquellos policías no la creerían una palabra.

Pensarían que estaría loca. Y era lógico que lo pensasen. De todas formas, no serviría para nada que la creyesen. ¿Dónde estaba aquel palacio submarino? Tampoco lo había preguntado. Sí, había preguntado quiénes eran ellas, de dónde venían, y ya lo sabía. También estaba informado de por qué se transformaban en hermosas mujeres. Y hasta había conseguido una información extra. La explicación de cómo desapareció la vieja civilización de la Atlántida, y hasta ahora nadie pudo dar una respuesta concreta o si la Atlántida formaba parte de una leyenda. Pero había existido. Unos seres humanos habían sido sacrificados por una primera invasión de medusas llegadas de Neptuno.

¡Al diablo con todo!

Nunca podría escribir acerca de su aventura.

Había pasado por una experiencia única, pero su final iba a ser el mismo que el de Martin Stack, y el de los otros dos muchachos.

Imaginó su cuerpo en la playa, en Pacific Valley, con algas enhebradas en su cabello.

En aquel momento se encendió la luz roja y la puerta se abrió.

Alex vio entrar a una mujer mucho más hermosa que Marina y que las otras mujeres. También ella tenía figura humana y se cubría con un vestido muy ceñido con escamas de oro.

Ella dio unos pasos y se detuvo, mirándolo con sus hermosos ojos de un color verde claro.

—Soy Atlántida, la reina de las hijas de Neptuno.

CAPÍTULO XII

Alex hizo una reverencia.

—Bienvenida, majestad.

Ella estaba muy seria.

—No sea hipócrita.

—Caramba, habla enteramente como una mujer.

—Hablo mejor que cualquiera de sus mujeres.

—Oh, sí, usted es la reina. Y admito que reúne condiciones para ello.

Eligió un modelo de mujer sensacional. Podría ir a Hollywood. Estoy seguro que la contrataría la mejor productora cinematográfica.

—Es usted como todos los humanos.

—¿Y cómo son los humanos?

—En ciertos momentos, cuando se ven en peligro, dicen tonterías.

—Eso les ocurre hasta a los hijos de las mejores familias.

—Dejémonos de preámbulos.

—¿Y a dónde quiere ir a parar, reina?

—Usted lo sabe bien.

—Necesito que me lo expliquen todo.

—Tiéndase en la cama y lo besaré.

Alex se echó a reír.

—Oiga, majestad, usted es muy hermosa. Y si eso me lo dice en la Tierra, la hubiese obedecido sin rechistar. Pero aquí, ese plan no me seduce lo más mínimo. Yo me tiendo, usted me besa, y me deja sin una brizna de oxígeno en mis pulmones. Ni hablar.

—Preferiría hacer esto sin recurrir a la fuerza, pero, si usted se resiste, lo tenderé en unos instantes en la cama y lo besaré.

—Está bien, reina. Doy mi consentimiento. Después de todo, un beso de una mujer como usted, debe ser un beso inolvidable.

—Gracias por su colaboración.

—Pero antes quiero que me conteste a un par de preguntas.

—Le dije a Marina que contestase a todas sus preguntas.

—Y lo hizo. Pero olvidé hacerle algunas.

—Hágalas, pero sea rápido.

—¿Cómo me trajeron?

—Tuvimos que echar mano a uno de esos absurdos aparatos de los que ustedes se sirven para bucear.

—Me convirtieron en un hombre-rana.

—Así los llaman ustedes.

—Falta otra pregunta.

—No acabe con mi paciencia.

—¿Dónde está situado este palacio?

—Debajo del mar.

—Eso ya lo sé, majestad. Me bastó mirar a mi alrededor cuando desperté. Me refiero al punto exacto.

—¿Por qué lo quiere saber?

—Pura curiosidad.

—Está a doce millas de Pacific Valley. Hay una gran hondonada de mucha profundidad. La suficiente para que nos consideremos seguras.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí, Atlántida?

—Seis meses, contando con el tiempo de ustedes. Y ahora si me hace el favor...

—A la cama.

—Necesito su oxígeno.

Alex se preguntó de qué forma podría impedir que aquella mujer lo besase. Tiempo atrás había visto un film. El beso de la Muerte. Y ahora se lo iban a dar a él, porque el beso de la reina de las medusas iba a significar su desaparición del mundo de los vivos.

—Escuche, reina de las hijas de Neptuno, creo que hay una solución... Tenemos mucho oxígeno en la Tierra. Le puedo traer una buena cantidad. No hace falta que use el mío.

Atlántida avanzó hacia Alex.

—Sea obediente, señor Ferguson.

—No puedo ser obediente cuando lo que usted pretende es convertirme en un esqueleto.

Quiso saltar a un lado, pero Atlántida pareció adivinar su pensamiento, y abrió los brazos.

—¿Quiere que lo deje sin conocimiento?

—Prefiero que me haga la operación sin anestesia.

Alex retrocedió hacia la cama pero, cuando hacía intención de acostarse, saltó sobre la reina.

Ella pareció esperarlo porque le soltó un zarpazo en el pecho.

Alex rodó por el suelo sintiendo un fuerte dolor en las costillas.

Fue a golpear contra la pared del cristal y casi perdió el conocimiento.

Vio a la reina que se acercaba a él con una sonrisa.

—Tomaré su oxígeno ahí mismo, Alex.

Se arrodilló ante él y lo abrazó.

Alex trató de desasirse pero le fue imposible.

Atlántida entreabrió los labios y los fue acercando a los de él para besarlos.

—Estese quieto, señor Ferguson. Solo quiero besarlos. Nada más que eso. Besarlos. A usted le ha gustado besar a las mujeres. Por eso lo

elegimos, porque le gusta besar a las mujeres. Y yo soy la más ardiente de todas.

Alex, como hipnotizado, dejó de ofrecer resistencia y deseó que los hermosos labios rojos de Atlántida se uniesen a los suyos.

Cuando una y otra boca estaban separadas por una pulgada, se oyó de nuevo el zumbido de la puerta.

La reina se detuvo.

Atlántida se apartó de Alex y se puso en pie.

—¿Qué pasa, Marina?

—Hemos hecho una prisionera.

Alex oyó aquello mientras se recuperaba. Todavía sentado en el suelo, logró enfocar la imagen y sintió que la sangre se helaba en sus venas al ver a Eva Harris en la entrada de la estancia, flanqueada por dos de aquellas hermosas mujeres, Marina y Perla.

Eva gritó:

—¡Alex!

—¿Qué infiernos haces aquí, Eva?

—Fui a la playa...

—No me cuentes tu drama. Fuiste a la playa y te atraparon.

—Hice algo más.

Alex observó que ella estaba con el bikini, pero podrían habérselo puesto allí mismo.

—No te vi, Alex, y decidí arrojarme al mar y bracear hasta los arrecifes.

—Eres una loca.

—Me atraparon por los pies. Creí que era un pulpo.

—No fue un pulpo, nena. Fue una medusa.

—Oh, no, fueron ellas.

—Sí, fueron ellas. Pero son medusas.

—¿Qué estás diciendo, Alex?

—Cariño, soy un buen periodista, y estoy haciendo un trabajo en exclusiva.

—¡Son mujeres como yo!

—Que te crees tú eso. Yo he visto cómo Marina...

—Con que esta es Marina.

—No me interrumpas, cariño. Marina se convirtió en una medusa, y todas ellas no son más que eso. Aunque también se llaman hijas de Neptuno, porque proceden de ese planeta. Y justo llegaste a tiempo para impedir que la reina me diese un beso.

—Con que se enamoró de ti.

—Ya lo ves. Siempre me quedo con la mejor.

—¡Traidor!

—Eva, esta vez no me iban a dar un beso de amor. La reina se disponía a abastecerse con el oxígeno que tengo en el cuerpo. Por eso me quiere dar

el beso. Y a mí me dejará tan muertecito como a los muchachos que encontraron en la playa.

Eva tenía un gesto de perplejidad en su bonito rostro.

—Alex, ¿por qué me estás soltando una sarta de mentiras?

—Cariño, ¿es que no tienes ojos en la cara para ver dónde estamos? En un palacio de cristal.

—Las medusas no lo pudieron construir.

—Ellas sí. Son unas medusas muy listas.

—¡Tú eres un hombre y solo estás rodeado de mujeres! ¡Y ellas no tienen ningún arma a la vista! ¡Yo te ayudaré! ¡Les podemos ganar!

—No lo intentes, Eva.

—¿Es que te vas a dar por vencido?

—No me doy por vencido. Intenté escapar, pero una de estas mujeres tiene más fuerza que el mismísimo Hércules.

—Ya veremos si me ganan a mí —se lanzó sobre Marina, pero esta la paró con una mano, la cogió por el brazo, la levantó como una pluma y la lanzó por el aire.

Por fortuna para Eva, cayó en el lecho y de allí salió rebotada al suelo.

Alex dio un suspiro.

—¿Te has convencido ahora?

—¡Dios mío! ¡Tiene más fuerza que cualquier hombre!

—Y yo no soy cualquier hombre. Te lo aseguro. Pero soy un pobre desgraciado al lado de ellas.

La reina de las hijas de Neptuno caminó hacia Alex.

—Te voy a besar, Alex.

Eva gritó:

—¡Eh, no puede besarlo! ¡Ese hombre es mío!

—¿Lo ves, cariño? —dijo Alex—. Cuando yo quiero librarte de la competencia, estoy más solicitado.

—Alex, si besas a esa mujer, no te miraré jamás a la cara.

—No puedo hacer nada. ¡Si me resisto me convierten en harina!

—Por mí, que te conviertan en carne para albóndigas.

Atlántida dio unos pasos hacia Alex.

Pero en ese instante entró precipitadamente en la estancia una de aquellas mujeres.

—¡Majestad, avería en el horno radiactivo número 6!

—¿Cómo ha podido ocurrir? —gritó Atlántida.

—Hay un escape de gas en el subsuelo... Se produjo una explosión. Tres medusas aparecieron abrasadas.

—¿Dónde está el equipo de emergencia?

—Ya han sido avisadas.

—¿Cuánto tiempo tardarán en hacer la reparación?

—No lo han dicho.

—¡Yo tenía que saberlo!

—Están evaluando los daños.

—La Tierra debe quedar sumergida en la nueva fecha.

La reina se puso en marcha hacia la puerta, y cuando estuvo en el centro de la estancia, se volvió señalando con el brazo extendido a Alex.

—Señor Ferguson, volveré dentro de un rato.

—Aquí tendrá su comida caliente, majestad. Ahora se me ocurre otra pregunta. ¿Cuándo van a sumergir la Tierra? Ha hablado de una nueva fecha.

—Mañana.

—¿A qué hora?

—Al amanecer.

La reina desapareció y sus tres súbditas, las hijas de Neptuno, fueron tras ella.

La puerta se cerró.

Alex ayudó a levantarse a Eva y esta se echó en sus brazos.

—Alex, ¿qué es lo que ha querido decir con eso de que la Tierra será sumergida?

—Está claro, cariño. Mañana no quedará un solo palmo de tierra sobre el que un ser humano pueda asentarse. Nuestro planeta será un océano de punta a punta, un inmenso mar de donde solo existirán los peces y las malditas medusas llegadas de Neptuno.

CAPÍTULO XIII

Eva Harris se abrazó más fuerte al pecho de Alex.

—Alex, dime que estamos soñando.

—Eso creí yo también. Estar soñando. Hasta que Marina me hizo una demostración. Salió al mar para que yo viese desde aquí cómo se convertía en medusa.

—¿Y qué tal es?

—Muy fea —Alex se señaló la frente—. Con un solo ojo.

—Y yo creí que te gustaba.

—Cariño, yo no quiero tener medusinos, sino niños fuertotes que nos hagan rabiar.

—¿Te refieres a ti y a mí?

—¿A qué otra me puedo referir?

—Oh, Alex, te estás declarando. ¡Me estás pidiendo que sea tu esposa!

—Sí, querida.

—¡Casémonos!

—Trato hecho.

De pronto Eva le dio una patada en la espinilla.

—¿Qué te pasa, Eva?

—Te estás burlando de mí.

—¿Yo?

—Sí, tú, Alex Ferguson. Me estás pidiendo que sea tu mujer, cuando sabes perfectamente que no podemos salir de esta pecera.

—Le pediremos permiso a la reina de las medusas para llegarnos un momento a Tierra.

—Ella no querrá oír hablar de eso. ¡Eres un farsante!

—Cariño, yo te quiero. Palabra que sí. Me he dado cuenta ahora.

—Claro, cuando te vas a morir.

—¿Qué quieres que le haga?

—Maldita sea, ¿por qué no te diste cuenta cuando estábamos en la oficina del Viejo? Entonces podríamos habernos casado y ahora estaríamos en la luna de miel en Venecia. ¡No, en Venecia, no! ¡Hay demasiada agua!

—En Suiza. Allí están Los Alpes y algunos picos son muy altos, y serán los últimos en ser cubiertos por las aguas.

—Ya me hiciste polvo el viaje de boda, Alex.

—¿Por qué querida?

—En todas partes terminaríamos lo mismo. Ahogados.

—Lo cual demuestra que hice bien en venir aquí.

—Sí, Alex.

—¡Pero tú hiciste mal en seguirme! ¡Si te hubieses quedado en Los Ángeles, podrías haberte librado de este peligro!

—¿Hasta cuándo? ¡Hasta mañana! Porque será mañana cuando la reina Atlántida ordene que peguen el manguerazo... ¡Agua va!

Se echó otra vez en los brazos de él y empezó a lloriquear.

—Oh, Alex, no quiero morir, ahora que puedo ser tan feliz contigo.

Él la estrechó contra sí y la besó en los labios.

—Cariño, ¿cómo no me he dado cuenta antes?

—¿De tu amor por mí?

—No. Puedo pedirle a la reina ser su marido.

—¿Eh?

—¿Qué tal estaría yo de rey? Al fin y al cabo, puedo llegar a un acuerdo con ella... A condición de que conserve su forma humana.

—¿Y qué seré yo? ¿Vuestra doncella?

Eva le soltó otra patada en la espinilla.

—Eva, que me vas a dejar cojo antes de que me ahoguen.

—Te debería cortar las dos piernas por pensar en ser el dueño de esta pecera, rey Neptuno.

—¡Eres una desconsiderada! Solo estaba tratando de salvar nuestra piel. Para luego salvar la piel de los demás.

—Eres un iluso. Ellas tienen una idea. Apoderarse de este planeta. Y no desistirán porque tú le guiñes un ojo a su reina.

—Sí, tienes razón. Estoy tan preocupado por evitar la catástrofe que no sé lo que digo.

Eva se echó nuevamente en los brazos de Alex.

—Somos un par de condenados a muerte.

—Sí.

—Como Romeo y Julieta.

—Sí.

—¡No me gusta que me des la razón, Alex!

—Pero, ¿qué quieres que haga?

—¡Luchar!

—¡No podemos! ¿Es que no viste lo fuertes que son?

—Deben tener un punto débil.

—Es posible, pero no sabemos cuál es.

—Entonces, debemos pensar.

—¡No puedo pensar mientras tú me abrazas y me besas, Eva!

Los dos se separaron y se pusieron a pasear de un lado para otro.

Al cabo de un rato, se detuvieron en el lugar que coincidían al cruzarse.

Alex hizo chasquear los dedos.

—¡Ya lo tienes! —dijo Eva.

Alex se quedó un momento pensativo y negó con la cabeza.

—No, no serviría.

Continuó paseando y Eva siguió también su camino.

Al cabo de otro rato, fue Eva la que chasqueó los dedos.

—¡Ya lo tengo, Alex! ¡Romperemos esta pecera!

—Entonces moriremos nosotros.

—¿Y qué importa si, muriendo nosotros, salvamos a la Humanidad?

—Oye, Juana de Arco, no salvarás a la Humanidad. Si rompes la pecera no podrás destruirlas. ¿Ya lo has olvidado? Las hijas de Neptuno son medusas.

Eva soltó un gemido.

Otra vez reanudaron el paseo y sus cavilaciones para encontrar una solución al problema.

Una vez más se detuvieron, pero Alex no hizo chasquear los dedos.

—¡Dime burro, Eva! ¡Rápido!

—Burro.

—Gracias.

—Bueno, suéltalo ya.

—Es lo más sencillo del mundo, Eva.

—¿Qué cosa?

—Acabar con ellas.

—¡Dilo de una vez o me dará algo!

—¡Es su maquinaria!

—¿Su maquinaria?

—¿No oíste? Una de sus máquinas se estropeó. Varias medusas murieron abrasadas y fue debido a un escape de gas. Por lo que me dijeron, usan una energía distinta a la nuestra.

—¿Qué clase de energía?

—Probablemente la sacan de algún combustible que no conocemos nosotros.

—Todavía no sé a lo que te refieres.

—Es muy sencillo. Se trata de hacer explotar toda la maquinaria que sostiene este mundo submarino.

—La mar de sencillo, ¿eh? ¡Nosotros formamos parte de este mundo submarino!

—Tú lo dijiste. Somos Romeo y Julieta y ellos murieron. Tendremos que sacrificarnos por la Humanidad.

Ella movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí, Alex. Hay que sacrificarse.

—Me alegro de que seas tan comprensiva.

Ahora fue él quien la estrechó entre sus brazos y la besó en los labios.

—Alex, solo falta un pequeño detalle.

—¿Cuál?

—¿Cómo infiernos vas a llegar a la maquinaria para hacerla saltar por

el agua?

—Sí, eso es lo malo.

—Hay que abrir esa puerta.

—Ya lo he intentado por mi cuenta, y no he podido. La energía que usan debe ser de muy buena calidad. Cuando una de las medusas sale, la puerta se cierra, y ya no hay forma de abrirla.

—Estamos otra vez como al principio.

Eva se apartó de Alex y se dirigió hacia la puerta. Metió los dedos por las junturas, y la puerta obedeció a su impulso y se abrió.

Alex, que la había seguido con la mirada, se quedó perplejo.

—¡Alex, he abierto!

—¡Sí, no grites!

—Pero tú decías...

—Debe ser efecto de la avería de la máquina.

—¿Qué estás esperando?

—Eso. ¿Qué estoy esperando?

Alex corrió al lado de Eva y asomó la cabeza.

—No hay nadie en el corredor. Vamos.

Los dos salieron de la habitación que les había servido de celda.

Alex cogió de la mano a Eva y avanzaron por el corredor que tenía forma de L.

Al llegar a la esquina, se detuvieron.

Alex asomó de nuevo la cabeza pero la escondió rápidamente.

—Estamos perdidos, Eva.

—¿Qué pasa?

—Dos de ellas vienen hacia acá.

CAPÍTULO XIV

Eva Harris se cubrió la boca con la mano para no soltar un grito.

Oyeron los pasos de las dos hijas de Neptuno que se acercaban por el corredor.

Alex apretó los puños. Lucharía con ellas, a pesar de que eran tan fuertes.

Ya estaban llegando a la esquina.

De pronto se oyó un zumbador que había en aquel pasillo.

Las dos hijas de Neptuno se habían detenido.

—Nos llaman del cuarto de máquinas —dijo una de ellas.

—Vamos.

Se alejaron.

Eva se relajó contra la pared.

Alex la sostuvo.

—No te desmayes, Eva. Ya pasó. Van al cuarto de máquinas. Debemos seguirlas.

Asomó la cabeza y vio que las dos muchachas desaparecían por una puerta, al final del corredor.

—En marcha.

Eva y Alex fueron en pos de las dos.

Llegaron a la puerta. Alex metió los dedos por las junturas y abrió. Empujó a Eva al interior y él pasó detrás.

Se encontraron ante unas máquinas enormes, circulares, como las de una central eléctrica terrestre.

Corrieron agachados y se escondieron tras de uno de aquellos grandes aparatos.

Oyeron al fondo la voz de la reina:

—¡Esta avería debe ser solucionada pronto!

—Lo será, majestad —contestó una de las medusas.

—¿Qué peligro corremos?

—No se preocupe, majestad.

—¡He hecho una pregunta y quiero que me contestes!

—El peligro es grave, majestad. Hay una llave que controla toda la energía de este palacio. Se debe mantener siempre en el punto que se encuentra marcando ahora, el 9. Si el contador de energía bajase del 9, se produciría una explosión y todo el palacio saltaría en pedazos... Nosotras moriríamos. Nuestro oxígeno se acabaría.

—¡Quiero hablar con la responsable del oxígeno!

—Estoy aquí, majestad.

—¡No has cumplido con tu deber!

—Lo he hecho, majestad. Tracé mi plan para que otros hombres fuesen secuestrados. Pero usted se negó.

—Me negué porque no podía llegar la alarma a nuestros enemigos, los terrícolas. Ya ve lo que pasó. Autoricé el secuestro de algunos hombres. Tenemos ahora aquí a uno de ellos. Y trajo tras de él a una mujer de la Tierra. Tú debiste preocuparte de que las reservas de oxígeno fuesen suficientes.

—El oxígeno que conseguimos en nuestras máquinas no es el que nosotras necesitamos. Por ello se está provocando una situación insostenible para nosotras.

—Sí. Yo me ahogo. Tengo que ir en busca de ese hombre para que me dé su oxígeno.

Entonces oyeron la voz de Marina:

—Majestad, no puedo resistir más. Yo beberé el oxígeno de la joven que acompaña al hombre.

Alex hablaba al oído a Eva.

—Te van a dar un beso.

—¿Marina?

—Sí, nena. Ella te quiere mucho.

—Si me pone la boca encima, la descompongo.

—Cállate.

Oyeron pasos.

La reina y las mujeres que lo acompañaban salieron de la sala de máquinas.

Cuando la última de ellas hubo desaparecido, Eva dijo:

—¡Van a descubrir nuestra fuga!

—Para entonces tendremos que haber despachado nuestro asunto.

Se deslizaron por la máquina y fueron al lugar en que había hablado la reina con sus súbditas.

Vieron a una de las hijas de Neptuno arriba, en un corredor metálico. Estaba haciendo girar una especie de timón. Más allá había otras dos que manipulaban con llaves.

Arriba, por un tubo, salía un chorro de gas.

—Es la máquina averiada —dijo Alex.

—Pero ¿dónde está ese contador que señala el 9?

—Hay que encontrarlo.

—Veo docenas de contadores.

—Recuerda. Solo tenemos que encontrar el que marque 9.

Los dos, desde abajo, empezaron a buscar con la mirada.

Eva rompió el silencio.

—¡Ya lo veo! ¡Es el doceavo a contar desde la izquierda!

Alex siguió la dirección de los ojos femeninos y, efectivamente, descubrió el contador. La saeta señalaba el número 9 sobre un total de 100.

—¿Cuál será la llave que corresponda al contador? —preguntó Eva.

Alex observó que a un metro del contador había una llave. Tenía que ser esa.

Se lo señaló a Eva.

—¿Y si te equivocases, Alex?

—Entonces todo estaría perdido. Quédate. Yo voy a intentar mover la llave.

—Esta puede ser nuestra despedida.

—Sí, Eva.

—Dame un beso de los buenos.

Ella cerró los ojos y entreabrió los labios.

Alex aplastó su boca contra la de Eva. Luego se dirigió hacia su meta.

Corrió agachado para no ser descubierto. Se encontró ante una escalera metálica y subió por ella.

Las tres hijas de Neptuno seguían trabajando a unas veinte yardas del lugar donde se encontraba Alex. Eva estaba conteniendo la respiración.

La distancia que separaba a Alex del contador que marcaba 9 iba disminuyendo.

De pronto, cuando ya se encontraba solo a unos tres pasos, se oyó el pitido de una sirena.

—¡Atención, atención...!

Era la reina Atlántida que hablaba por el altavoz.

—¡Los prisioneros han escapado! ¡Extremen las precauciones! ¡Los dos prisioneros deben ser ejecutados sin más dilación!

Alex fue descubierto por una de las hijas de Neptuno, la cual lanzó un chillido y corrió hacia él.

—¡Cuidado, Alex! —gritó Eva.

Alex vio venir a la rubia hacia él y se arrojó a su encuentro.

Logró embestirla por los muslos.

La joven dio una voltereta en el aire, golpeó contra la barandilla y cayó al vacío.

Eva vio estrellarse a la hija de Neptuno en el suelo, a poca distancia de ella.

Y entonces ocurrió ante sus ojos algo espantoso.

La figura humana de la hija de Neptuno, que era hermosa y bella, empezó a transformarse.

Eva dio un grito al ver cómo se iba convirtiendo en una medusa enorme, gelatinosa, con un ojo en el centro, como le había dicho Alex.

Y luego aquella medusa gigante empezó a pegar chillidos y a abrasarse porque estaba fuera de su elemento, el agua.

Las otras dos hijas de Neptuno estaban corriendo hacia Alex, el cual se había lesionado al golpear contra su primera enemiga, y se levantó cojeando.

—¡Alex! —gritó Eva—. ¡Corre al contador!

—Apenas puedo andar.

Eva corrió hacia la escalerilla.

—¡Quédate ahí! —le gritó Alex.

Pero Eva no le hizo caso. Empezó a trepar por la escalera de hierro.

Alex avanzaba cojeando hacia el contador que marcaba 9.

Las dos hijas de Neptuno se estaban acercando a él pegando chillidos.

Una de ellas se quedó en la escalerilla para recibir a Eva y la otra siguió su camino para enfrentarse con Alex.

—¡No subas, Eva! —exclamó Alex.

Él había llegado junto al contador, e hizo girar la llave a la izquierda.

En aquel momento entró la reina seguida de Marina y de otras muchas hijas de Neptuno.

Todas empezaron a gritar cuando vieron lo que estaba ocurriendo allá arriba.

Eva estaba llegando a lo alto de la escalerilla.

La hija de Neptuno que estaba allí para impedirle llegar trató de pegarle un puntapié en la cara.

Eva la atrapó por el tobillo y tiró con todas sus fuerzas.

Su rival perdió el equilibrio y cayó desde lo alto, estrellándose contra el suelo, y enseguida se transformó, como la de antes, en una horripilante medusa que se abrasaba.

—¡Bravo, nena! —dijo Alex.

Su enemiga estaba llegando y él se dejó caer en el suelo cuando se le echaba encima.

La hermosa joven falló su embestida y cayó como una rana en la escalerilla.

Alex se revolvió y le empujó por la cadera. La hija de Neptuno cayó por el hueco, entre el suelo y un barrote, y también se estrelló abajo.

La reina de las medusas gritó:

—¡Malditos...! ¡Malditos seáis!

Eva terminó de subir la escalerilla y corrió al lado de Alex.

—¡Lo hemos conseguido, Alex!

—Sí, de un momento a otro, todo hará explosión.

—Abrázame y bésame, cariño.

Pero Alex estaba mirando un tubo.

—¿Qué te pasa? —dijo Eva—. ¿Por qué no me besas antes de que esto explote? ¡Quiero morir mientras me besas!

—¡Ese tubo...!

Tiró de ella y avanzaron hacia el tubo.

La reina habló desde abajo:

—¡La llave del contador! ¡Solo tenemos unos segundos!

Eva y Alex llegaron al tubo.

—Eva, te voy a impulsar.

—Contigo.

—Está bien. Lo intentaremos.

Se colocaron en una plataforma y automáticamente, esta ascendió hacia el tubo.

—¡Dios mío, todo es mecánico! —dijo Eva.

—Sí, y ojalá esté perfectamente ajustado.

Dejaron de ver a la reina y a sus secuaces.

De pronto sobrevino un estampido.

Eva y Alex entraron en contacto con el agua.

Ambos creyeron que se ahogaban y entonces sobrevino en el palacio la explosión.

Eva estaba cogida fuertemente a la mano de Alex y él la enlazaba por la cintura. Y los dos fueron juguetes de aquella enorme fuerza que los llevaba hacia arriba.

Mientras tanto, bajo sus pies, se seguían produciendo las explosiones.

Llegaron a la superficie del mar y respiraron.

—Nunca me pareció tan bueno el aire, Alex.

—Sí, es mejor que el whisky.

Vieron un madero, restos de aquel palacio del que acababan de escapar, y se apoyaron en él.

—¡Eh, Alex, una lancha!

Era efectivamente una embarcación que se acercaba a ellos rápidamente.

En pocos minutos estuvieron a bordo.

En la lancha había dos hombres. Uno de ellos era el patrón y el otro un pescador deportivo.

—¿Qué les pasó?

Alex se dijo que no les creerían.

—Nuestra lancha naufragó. Gracias por recogernos.

Eva se estrechó contra Alex.

De pronto, el patrón de la barca gritó:

—¡Eh, miren eso!

Eran restos de medusas, trozos gelatinosos.

—Demonios, debían de ser muy grandes. Nunca las había visto de ese tamaño.

Alex sintió cómo Eva se estremecía.

—Lo hemos logrado, Eva. Ya todo pasó.

—Ni hablar. Todo no pasó. Queda lo más importante, Alex.

—¿Qué cosa?

—Casarnos.

Él se echó a reír y dijo:

—Trato hecho, señora Ferguson.

Y unió sus labios a los de Eva.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España